

Lugar entre sombras

OLIVER ALONSO MALDONADO





Lugar entre sombras

OLIVER ALONSO MALDONADO BEJARANO





María Angélica Granados Trespalacios

Presidenta Municipal

Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Flor de María Navarro Pastrana

Gustavo Macedo Pérez

José Iván Cruz Estrada

Arturo Loera Acosta

Victoria María Montemayor Galicia

Luis Fernando Rangel

Víctor Velo

Vocales editoriales

Ramón Alejandro Carrillo Mercado

Programa Editorial

f / CreaturaEstudio

Diseño y maquetación

Tzeitel Velo

Corrección de estilo

Paúl Quezada

Arte de portada

D.R. Instituto de Cultura del Municipio
Coordinación de Fomento a la Lectura y
Programa Editorial Municipal
Av. Teófilo Borunda Norte # 1617
Chihuahua, Chih. C.P. 31000

e

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021



La promoción de la lectura es un reto para el funcionariado público de todos los niveles, por eso, cuando logramos establecer estrategias para eliminar poco a poco las barreras entre el público y los materiales de lectura, lo consideramos motivo de celebración.

Durante esta administración municipal concretamos un proyecto sin antecedentes en el estado: la digitalización de todos los libros publicados bajo el Programa Editorial Chihuahua, en sus ediciones de 2018, 2019 y la del 2020, que estamos poniendo a disposición de la ciudadanía en general. Nuestro objetivo es ampliar el alcance de nuestras colecciones y distribuir los libros físicos en las áreas y con las personas que así lo requieran, a la par que se pueden descargar en la página web del Programa Editorial.

El democratizar el acceso a las publicaciones editadas por las instituciones debe ser una prioridad, no sólo por la promoción misma de la lectura, sino porque cada uno de los libros que se encuentran en nuestras tres colecciones (Soltar las Amarras, Con Trayecto e Historias de mi Ciudad) son un testimonio de la creación literaria que se está generando en el municipio, donde se vislumbran voces originales, críticas, con gran capacidad de análisis y de ser universales expresándose desde un contexto local.

Nos enorgullecemos de ser un espacio de difusión del trabajo creativo de escritoras y escritores tan talentosos. Enhorabuena por ello y sigamos celebrando la vida del libro.

PRÓLOGO

Las brujas siguen siendo un tema que nos fascina. Nos atrae desde todos los ángulos posibles y ha llenado la literatura y la cultura popular de historias y misterios. La palabra «bruja» es, como el personaje mismo, de origen incierto, lleno de versiones, leyendas y teorías contradictorias que envuelven a este personaje en un halo hipnotizante que logra que el lector se suma en una experiencia creativa, sensorial e imaginativa como pocas.

Habitualmente representadas con escobas, gorros puntiagudos, vestidos largos oscuros y generalmente con narices prominentes, a estas mujeres se les atribuyó desde siempre todo lo malo que pasaba en la sociedad, como personificación del mal. Perseguidas, castigadas e incomprensidas, solían tener que esconderse, fingir y taparse para poder convivir con los vecinos de cualquier lugar. Consideradas como seres que habían perdido el temor a Dios y coqueteaban con los demonios, lo cierto es que esas «otras mujeres», como solían llamarlas, en realidad eran personas con mucha sensibilidad, conocimiento

de la naturaleza y muy conscientes de sus habilidades, que otros llamaron poderes. Ese criterio que se salía de lo común, de la norma y de lo establecido les hizo ganarse muchos enemigos y acusaciones falsas de las que a menudo resultó difícil defenderse. Podían ser seres misteriosos, pero en libros como este, se demuestra que son de carne y hueso, que son nuestras vecinas, colegas de trabajo y, por qué no, ese flechazo inesperado y mágico. Protagonistas de películas, escritos, cuentos infantiles, cómics, videojuegos, refranes y canciones, el papel de estas hechiceras ha ido modificándose hasta convertirse hoy en casi amigas divertidas con las que vivir momentos diferentes. Porque de eso se trata, de diversidad, esa heterogeneidad que tanto miedo nos causa a veces y que tanto rechazo provoca inmerecidamente.

Lugar entre sombras se suma así a esa larga tradición literaria dedicada a este mundo lleno de mitos y realidades, esta novela llevará al lector por un recorrido de brillos, misterios, descubrimientos, sentimientos y relaciones humanas que transitan por laberintos que a veces el corazón no sabe descifrar.

La belleza, la soledad, ser invisible, la incomprensión, el miedo, las tradiciones rurales y, por supuesto, el amor, ese motor que a todos nos mueve y nos impulsa a hacer cosas inesperadas y aventarnos por caminos jamás trazados son protagonistas de esta obra de Oliver Maldonado que tan atinadamente encabeza con las sombras. Ese contraste con la claridad, la nitidez y la visibilidad es lo que nos hace deslizarnos de la luz a lo lúgubre, lo oculto, lo peligroso, lo desconocido, lo triste y lo temible; un terreno fértil para las historias que tienen lugar en cementerios, en la noche y en poblaciones como Naica, donde la tradición navega entre lo secreto, lo clandestino y lo velado.

Y con el acierto de usar las historias espejo que nos permiten ver una misma situación desde puntos de vista distintos, logrando así una verdad más completa, más rica... mejor.

¿Existen las brujas aún hoy? ¿Qué hacen, dónde viven? ¿Dónde poder verlas? Existe una expresión popular en el norte de España para referirse a algo cuya existencia no se puede probar y que se pone en duda, una zona donde las brujas son llamadas «meigas» y donde aseguran que «haberlas, haylas». Sin duda, uno de esos lugares donde poder hallarlas son los libros, esos mundos llenos de geografías, temperamentos y tiempos en los que experimentar y viajar.

Me alegra comprobar que en 2021 podemos seguir llenando páginas de tinta para deslizarnos por los entresijos de estas figuras que tanto nos atrapan y tanto nos han hecho disfrutar y homenajear con ello a estas mujeres a veces injustamente sacrificadas. Vayan estas letras también en su honor. Este libro que tienes en tus manos y esta lectura que estás a punto de comenzar será como sentarte alrededor de una hoguera para escuchar las narraciones que nos acompañan desde la Antigüedad y que hoy siguen entreteniéndonos y maravillándonos.

Bienvenida, Soledad, a esta rica y jugosa lista de personajes extraordinarios. Bienvenido, Oliver Maldonado, a este universo editorial. Bienvenidos, lectores, a esta experiencia literaria.

Laura García Arroyo
Julio 2021

ÍNDICE

NÚMERO 9	15
NIÑA EN LA VENTANA.....	19
NÚMERO 9	23
SOL.....	27
NIÑA EN LA VENTANA.....	31
NÚMERO 9	35
NIÑA EN LA VENTANA.....	38
SOL.....	40
NIÑA EN LA VENTANA.....	44
NÚMERO 9	46
SOL.....	50
NÚMERO 9	52
BERE	56
NIÑA EN LA VENTANA.....	59
NÚMERO 9	62

BERE	67
NIÑA EN LA VENTANA.....	70
NÚMERO 9	72
SOL.....	75
NÚMERO 9	78
BERE	80
NÚMERO 9	83
BERE	87
NIÑA EN LA VENTANA.....	89
NÚMERO 9	92
BERE	101
NÚMERO 9	110
NIÑA EN LA VENTANA.....	117
NÚMERO 9	120

NÚMERO 9

—Eres lo que sueñas —decía la abuela.

Los sueños se cumplen y créeme: ¡también las pesadillas!

—Tus pesadillas te definen —decía—. Eres tu peor pesadilla —decía.

Con el tiempo, los sueños recurrentes se vuelven realidad, no sin antes volverse pesadillas. Al final te definirán.

¿Cómo empieza una pesadilla?

Esta pesadilla comenzó como todas: sin principio ni final. Corría despreocupado sobre un cementerio sin lápidas y, si bien el clima nublado entristecía la tarde, disfrutaba considerablemente el momento.

La deportiva central en Chihuahua, Chihuahua, fue construida encima de un antiguo cementerio.

El seis de septiembre de 1849, el cólera se extendió por el territorio chihuahuense incluyendo la capital del estado, matando a mil ochocientas personas.

Al saturar los panteones, se requería de un lugar alejado para enterrar a las víctimas de esta terrible enfermedad que afectaba más a la gente de escasos recursos, así que optaron por buscar nuevos espacios. Se acordó que en los terrenos que hoy ocupa la deportiva tuvieran su último destino los cientos de cuerpos mortuorios.

Cien años después, la ciudad envejeció, creció, alcanzó y devoró a este cementerio, y en nombre del progreso decidieron construir un centro deportivo por encima del panteón general. Los cientos de

cuerpos fueron abandonados ahí al no contar con espacios o recursos para ser trasladados a otro lugar.

Mi abuela acudió a la inauguración de este espacio recreativo en 1947:

—Donde están esos juegos infantiles, debajo de ese lugar exacto se encuentran los restos de mis padres. ¡No creo que estén descansando en paz! Construir un parque sobre un cementerio es una violación a la naturaleza, a la espiritualidad —decía mi abuela con profunda tristeza y un asomo de enojo.

La abuela veía los cementerios sin lápidas como espacios diseñados y contruidos de manera intencional y orquestada por mentes siniestras. Chapada a la antigua, la abuela creía en brujas, magia, entierros, fantasmas y todo tipo de leyendas.

—No respetar un cementerio es sembrar una semilla oscura, es el arranque para prácticas oscuras como la magia —aseguraba la abuela.

Sinceramente no coincidía con la paranoia de la abuela. ¡Más bien estaba loca! No, loca no, diferente, mi viejita linda tenía creencias anticuadas.

A principios del siglo XX resultaba muy costoso y problemático retirar los cientos de osamentas sepultadas en ese antiguo panteón, de manera que las autoridades de la época optaron por dejarlas y no había nada siniestro en eso. Las historias de la abuela eran o metáforas muy realistas o delirios literarios. De cualquier manera, la abuela siempre sentenciaba:

—Recorre con gran respeto ese lugar, habrá perdido las lápidas, mas no los cuerpos.

Aún corro en este cementerio sin lápidas cuando el trabajo lo permite. La abuela murió hace muchos años, sin embargo, siempre al acudir a este espacio público resuenan sus palabras en mi

cerebro. Cada paso que doy, imagino cadáveres debajo del camino, descontentos, con gesto de reproche. Realmente este inmenso lugar es todo menos siniestro, es un enorme pulmón en el corazón de la ciudad, repleto de pinos y eucaliptos, un bosque en escala, un clima fresco, puro y húmedo para correr, un lugar para desaparecer el estrés.

La mayoría decide caminar o correr por el camino encementado, siempre opté por el de arcilla, el cual corre paralelo al de cemento. Hoy estaba mojado por la lluvia nocturna. Un delicioso aroma a tierra mojada, junto con el cielo nublado, invitaban a la introversión. Aun y cuando la abuela siempre decía que jamás bajara la mirada al caminar o correr, corría pensativo con la mirada en la tierra. En eso lo vi, emergía de la tierra roja:

¡Un trébol de cuatro hojas!

Era increíble. Un trébol tan inusual, diminuto y frágil, creciendo al lado de la pista de corredores. Detuve la marcha, regresé unos pasos y estuve contemplándolo con incredulidad unos momentos. Me arrodillé vacilante, desenterré, con mucho cuidado, la codiciada planta escarbando suficiente para poder llevármelo con todo y raíz. Di por terminado el ejercicio y lo cargué con ambas manos, cuidando de no perder ni un gramo de la arcilla donde estaba creciendo. Una vez en el carro, lo coloqué en un vaso que casualmente llevaba y de ahí manejé hasta la tienda de conveniencia más cercana, donde compré una maceta pequeña y agua embotellada para hidratarlo.

Desde el momento en que lo encontré, sabía que me pertenecía, nuestro encuentro estaba predestinado. Cuando estuve en casa y el trébol en su nueva y flamante maceta, pedí mentalmente un deseo (solo por protocolo, pues no tenía duda alguna y creía ciegamente): ¡lo que tanto he anhelado comenzó a materializarse desde el momento en que el trébol entró en mi vida!

No pedí dinero, poder, o superpoderes, ¡era un trébol de cuatro hojas! Pedí el más grande anhelo que un ser humano puede tener. Desde niño soñaba con algo mucho más grande que el dinero, la fama o la inmortalidad. Sabía que en estos precisos momentos los planetas y las galaxias se estaban alineando para provocar la llegada puntual de mi deseo.

Después de todo, de eso se trata la vida: de alcanzar sueños.

NIÑA EN LA VENTANA

El sol calienta implacable la tierra y las piedras en las calles de terracería. El viento lleva el ardiente polvo desértico hasta el último rincón de esta pequeña y aburrida ciudad. ¿Cuál ciudad? Realmente no importa, más que una ciudad es un pueblo como cualquier otro, un pueblo casi fantasma; realmente no viene al caso ni su nombre, ni su ubicación, pero igual lo diré: Naica, Chihuahua.

Cualquier pueblito de provincia permanece ajeno a la modernidad de las grandes ciudades y por eso cosas extrañas suceden en ellos, por lo menos eso dice Ma. Sin embargo, lo que ocurre aquí no pasa en ninguna otra parte del planeta... Por supuesto que no conozco otra ciudad, o ninguna otra parte de este planeta, no he salido jamás de esta casa.

Caminar por las calles bajo el sol abrasador es algo poco recomendable. Sin embargo, es preferible. En esta aburrida pero extraña ciudad, la tarde llega antes que en el resto del estado y es cuando las cosas se vuelven raras, las sombras a veces voltean a ver a su dueño y en ocasiones murmuran nombres, por lo menos eso dicen Pa y Ma, tal vez para mantenerme dentro de la casa; después llega lo peor: la noche.

Vivo en una casa grande de adobe con tres pequeñas ventanas con vista a las tres calles principales del pueblo. Soy una mujer de trece años, por eso no salgo, solo me aburro. Por lo general las calles están aburridas, sin embargo, a cierta hora, todo se vuelve menos aburrido.

Las noches para los niños son para jugar: en las banquetas, las niñas juegan con las palmas al seis-seis-seis; los niños corren, se persiguen unos a otros, juegan a la gallina ciega, a la pelota. Los adultos sacan sillas, las colocan en los porches y platican, las parejas jóvenes platican, se miran, se toman de la mano y ríen nerviosos. De pronto, sin previo aviso, la iglesia hace sonar las campanas; todos se detienen, voltean a ver sus relojes cuyas alarmas suenan también, nadie sonrío, nadie habla. Todos se levantan lentamente, con movimientos relajados, pero con semblantes preocupados. Muy serios y sin prisas; todos, absolutamente todos, caminan a sus casas.

A partir de las 10:30 de la noche, Naica se vuelve un pueblo fantasma.

Todas las noches es lo mismo, observo cómo todos se esconden. Ma llega, cierra las cortinas, tiende la cama, apaga la vela y abandona la habitación una vez que estoy acostada.

Siempre respeté la rutina y jamás sentí curiosidad por echar un vistazo después de las 10:30 por la ventana, un ventanazo, como dice Pa.

Dice Ma que ella hacía lo mismo, y su madre y su abuela. Al preguntarle la razón, dice que le contó su madre, que le contó su abuela, que en las noches se veían salir de las minas bolas de fuego, mejor conocidas por todos como las brujas.

Supersticiones de la gente del pueblo, creo yo, aunque... resulta extraño... no había caído en cuenta hasta unas noches atrás. A las diez de la noche con treinta minutos todo es silencio, todos están en sus casas, todos duermen, el silencio es normal, eso pensaba. Sin embargo, debería oírse el aleteo de alguna ave nocturna, el ladrar de un perro, algún grillo cantar, algo.

¡En fin!, esa es la rutina diaria... aburrida... siempre igual. Solamente un día al año se rompe.

Cada 31 de octubre, las personas se levantan temprano, desayunan, se visten con sus mejores ropas, preparan una maleta y, presurosos, con cara de miedo, emoción o no sé qué cosa, se van del pueblo. Todos, bueno, casi todos. Dice Ma que la mayoría pasa todo el día y la noche en Saucillo o en Chihuahua capital.

Dice Ma que escapan por las desapariciones de niñas. Dice Pa que las jovencitas son llevadas por las brujas para convertirlas. Todo este asunto es la leche, como dice Pa. Le da cierta personalidad folclórica a este aburrido pueblito... o bueno, eso dice Ma. Por lo menos resultaría divertido escapar un día al año, desgraciadamente nosotros jamás nos vamos, mis padres no quieren que nadie vea si entro o salgo.

Cada año, al llegar el 31 de octubre, Pa sale a comprar refrescos, papitas y golosinas. Ma prepara mi platillo favorito: enchiladas verdes, Pa compra revistas y algún juego de mesa nuevo. Después de mediodía, luego de comer, apagamos las luces, cerramos todos los cerrojos, candados y aldabas y nos encerramos en el sótano.

—¿Podrían repetirme una vez más... por qué jamás puedo salir? ¿Por qué no nos vamos a Chihuahua como todos? ¿Por qué nos encerramos en el sótano?

—Es peligroso...

¡Sí, eso ya lo sé! ¿Pero pasaré el resto de la vida encerrada? Quiero ser libre en el mundo, recorrerlo, conocerlo... Siempre las mismas preguntas y siempre la misma aburrida respuesta.

Desde las ventanas logro enterarme de todo gracias al cristal especial que Pa instaló, permite ver para afuera sin problema y evita que alguien pueda mirar hacia adentro. En casa jamás se prende luz eléctrica alguna: una tenue luz de vela siempre acompaña mis actividades nocturnas. A través del cristal, veo pasar a las chicas de mi edad. Una a una han desaparecido o

muerto en extraños accidentes de agua o fuego. Solo accidentes, dicen, igual pueden ser mentiras. Debo admitirlo, incluso cuento gallinas pasar, estoy ¡muy, muy aburrida! No todas las chicas desaparecen o mueren, la mayoría huye a la capital; he aprendido a reconocer cuando alguien pasa por mis ventanas huyendo para siempre de aquí. Algún día seré yo quien pase por ahí.

Siempre observo, sé de memoria las rutinas de todos. Cada luna nueva, a eso de las nueve de la noche, el disque juez y guía espiritual del pueblo (un tipo ¡muuy raro!) y los notables del pueblo, como les dice Ma, se reúnen en la plaza y de ahí se dirigen al cementerio o a la iglesia, no estoy muy segura. No alcanzo a ver más allá de la cuadra desde la ventana. Siempre llega la hora de acostarme y no logro ver si vuelven antes de las 10:30 o se quedan... ¿dónde se quedarían?

Todo en este lugar es rutina, incluso también es rutina que, a la mañana siguiente a la reunión de estos individuos, haya desaparecido una niña. Bueno, una joven.

La próxima luna nueva romperé con la rutina, escaparé por la ventana, subiré al techo, brincaré al tejado del vecino y, si no caigo y muero, bajaré, los seguiré y averiguaré que sucede.

NÚMERO 9

La luz del día se va desvaneciendo lentamente mientras riego el trébol.

—Los tréboles de cuatro hojas pueden hacer realidad cualquier deseo y solo crecen en los cementerios sin lápidas —decía la abuela.

Algunas personas pasan sus vidas recorriendo cementerios normales, esperando encontrar un trébol de cuatro hojas al cual pedir un deseo que lo cambie todo. Encontrar esta pequeña planta no es simplemente obtener buena suerte: otorga el poder de volver a empezar. La gente rota desea volver a iniciar de cero, una nueva oportunidad. No estoy seguro de por qué lo deseamos, al final seguiremos rotos con todas y cada una de las oportunidades. No obstante, esta vez se siente diferente, el poder de este trébol podrá cambiar todo.

Tengo una obsesión con los cementerios por culpa de un sueño recurrente: recuerdo estar en algún antiguo cementerio, uno con muchas cruces, de pronto oigo una campanilla sonar, nada más. No logro recordar el resto.

En mi obsesión, leo notas interesantes relacionadas con estos lugares. Miguel de Cervantes, dicen, fue enterrado en una tumba sin lápida. ¡El escritor más importante de habla hispana perdido, olvidado! A diferencia de Shakespeare, quien incluso pidió que grabaran una advertencia en su lápida:

*Buen amigo, por Jesús, abstente
de cavar el polvo aquí encerrado.
Bendito sea el hombre que respete estas piedras
y maldito el que remueva mis huesos.*

En el epitafio se encuentra la clave: el respeto.

Antes de continuar con la historia, debo contarte sobre mi persona: no soy guapo, pero tampoco feo. No puedo decirte que sea gordo, mucho menos delgado, no soy alto ni chaparro. Soy la persona más común que puedas imaginar. Existen personas odiosas, encajonas y nefastas, así como hay personas con ángel, una personalidad atractiva y magnética, personas con las cuales siempre deseas estar. Pues debo decirte que no soy nada de lo anterior.

Yo soy invisible.

No soy tan guapo como para causar admiración, ni lo suficientemente feo para que se burlen de mí. Soy callado y discreto. La desventaja de ser invisible es el silencio cruel en las fechas importantes, principalmente en los cumpleaños. A pesar de que tienes decenas de compañeros de trabajo y algunos cuantos primos, no tienes ninguna llamada, nadie recuerda.

Si eres invisible no te invitan a fiestas, en las reuniones nadie escucha cuando hablas y permaneces soltero mientras todos tus conocidos contraen nupcias. Ser invisible es vivir con frío, la soledad es inmensamente fría.

Si existen personas que hablen mal de ti, ¡agradéceselos! Es mucho peor ser ignorado. La vida se trata de ser visto; algunos hablarán pestes, otros te amarán, sin embargo, si hablan de ti, algo extraordinario ven. En mi caso, el aislamiento social sugería o evidenciaba algo malo conmigo.

¡Nací defectuoso! ¡Roto!

Comencé a vestir de negro y a odiar el mundo, eso sí, siempre con una sonrisa. Puedo estar enojado con la vida, mas no es para amargarme la existencia. Aun así, los días llenos de silencio no se iban, y un día llegaron dos trenes a mi vida: uno hacia la locura, otro al suicidio. Soy muy indeciso y no tomé ninguno, sino que empecé a caminar, primero sin rumbo, después a buscar trabajo.

Al buscar trabajo descubrí que ser invisible posee una gran ventaja: logras ver el mundo desde una posición muy cómoda, si bien ves todo desde las sombras, no eres una sombra. Puedes observar al mundo y este no se entera. En la escuela resultaría fácil copiar en los exámenes, desafortunadamente jamás pisé una. Sin embargo, hoy como comerciante puedo figonear en los escritorios de los clientes y ver las cotizaciones de los competidores. Puedo escuchar conversaciones ajenas en un elevador sin que se percaten, de manera consciente, de que los escucho. El mundo de los negocios es despiadado y ser invisible compensa la falta de malicia.

Nuestros nombres son etiquetas, nos definen y ubican. Si no tienes nombre no existes. Nadie recuerda jamás mi nombre, bueno, como me llaman; no existo para el mundo. Si tienes a quién querer y quién te quiera a ti, crearás que no existe nadie invisible, pero puedo asegurarte que somos miles, solo, justamente, no nos ves.

Las personas invisibles por lo general trabajamos por nuestra cuenta, somos demasiados inadvertidos para que nos contraten. Después de varios meses de pobreza y de buscar empleo infructuosamente, fundé una empresa en esta ciudad extremosa, donde largos y fríos inviernos anteceden a largos y ardientes veranos y donde, al parecer, crecen los tréboles de cuatro hojas.

Por supuesto que no construí una empresa de la noche a la mañana.

Buscando empleo llegué a visitar, sin exagerar, cientos de empresas; en la mayoría dejaba el lugar sin ser atendido. Un día, en cierto

negocio, ni me miraban por andar corriendo, estresados y enojados: necesitaban con urgencia una herramienta aparentemente muy difícil de conseguir. Escondí el currículum y presenté mis servicios, inventé el nombre de la empresa, fingí ser un vendedor y les comenté:

—Yo les puedo surtir la herramienta que buscan de entrega inmediata, tenemos muchas en *stock*.

Días atrás había esperado una hora en una empresa de herramientas a que se les ocurriera recibirme y, mientras tanto, observé el tipo de herramientas que manejaban. Realmente había visitado tantas empresas que sabía dónde conseguir casi cualquier cosa. Esa sería la primera venta de mi empresa, quedaron tan satisfechos que pronto empezaron a encargarme más cosas. Otra empresa filial les preguntó quién era su proveedor y, al pasar de cinco años, era el dueño de una de las más importantes comercializadoras del estado. Como ves, yo no escogí ser empresario, el mundo de los negocios me encontró. Si eres de los que se enorgullecen de los éxitos alcanzados, tal vez y solo tal vez el éxito llegó a ti, no tú a él.

La luz de la luna baña el trébol, mientras entrecierro los ojos para dormir.

Baños de luna llena y mucha agua, y un deseo florecerá.

SOL

El día está comenzando, sin embargo, se ha detenido, por lo menos para mí.

Mi nombre es Soledad, pocos dirán que soy una hermosa rubia de ojos azules, con un cuerpo envidiable. La mayoría me describiría con palabras como superficial, provocativa, seductora, rubia oxigenada. No soy nada de lo anterior, soy... Más bien, estoy... aburrida, incompleta, llena de espacios vacíos. Estoy muerta en un mundo vivo o viva en un mundo muerto.

En este momento salgo despedida de la agencia de autos para la cual había trabajado por seis meses, el séptimo empleo monótono del año. La licenciada encargada del departamento de Recursos Humanos explicó claramente la causa del despido:

—Le voy a hablar con sinceridad, Soledad. Usted es una joven que brilla y levantó muchas envidias, han hecho circular varios rumores de que usted se escapa en horas de trabajo para realizar actividades personales y, comparando su desempeño con el de sus compañeros, concluimos...

Después de la explicación, salí muy afectada de la oficina de Recursos Humanos. Tengo el corazón triste.

—¡Soy una fracasada! —dije en voz alta.

—Eres rara, ¡muy rara! —contestó una excompañera.

—Rara no, solo diferente, inmensamente diferente —contesté en voz inaudible para los demás.

No soy nada cercano a lo que dicen, soy muy trabajadora, pueden llamarme todo lo que quieran, pero siempre cumplí con el horario de trabajo. No debería sentirme así, realmente no es culpa mía, intento ser invisible para todos, trato de pasar desapercibida. Aun así, a pesar de tanto esfuerzo llamo la atención como un incendio, como un posible suicida en una cornisa, como una ambulancia al pasar.

Hoy entré a trabajar a las nueve de la mañana y a las nueve y veinte minutos ya estaba en la calle, desempleada, incompleta y ociosa en este aburrido mundo. Obviamente necesito el dinero. No sé a dónde ir o qué hacer, siento como si el mundo se hubiera detenido. Siento el corazón vacío.

¿Qué pendientes tengo? ¿Qué hago?

En este momento camino rumbo a la casa, siento las miradas de extraños; antes era molesto, hoy es como si las calles estuvieran vacías. Los extraños en las calles ven a la mujer más hermosa que han conocido, una mujer extrovertida, amable, sencilla, risueña, con un cuerpo envidiable. Yo veo una ciudad vacía.

Sé exactamente lo que estás pensando cada vez que menciono lo bella que soy, conozco bien este mundo de apariencias y supuestos. Solo puedo decir que mi cuerpo no me define, así como el tuyo no te define. Y puedo mentirte con falsa modestia acerca de lo bella que soy, ¡es lo que hago siempre! En este tiempo he aprendido que las personas no poseen la capacidad de ver una mente brillante detrás de un rostro bello, o a una persona extraordinaria detrás de una etiqueta ordinaria. Einstein podría ser solo un viejo despeinado y despistado, Hitler podría ser un señor de bigote ridículo. Podrían encontrarse incluso con la más poderosa de las brujas y ver solo «una güera».

Pueden etiquetarme como una güera sin casa, ni familia, novio o trabajo, ¡no tengo nada!

Realmente un trabajo tampoco te define, ni una pareja, menos una casa o un carro, pero... ¡Madre mía! ¡Son cosas increíblemente necesarias!

Este mundo es estúpido y estoy aburrida de tratar de entenderlo. Despertarse, bañarse, ir al trabajo en el que has estado por diez años; recoger a los niños, regresar a la casa y volver a empezar al día siguiente, aburrirse hasta el hartazgo, hasta la muerte. «Una vida normal».

—¡Permítame acompañarla! —llega jadeando el guardia de la tienda, un señor mayor, siempre amable conmigo.

—Claro que sí, le agradezco la compañía.

—Sé que siempre la molestan en la calle, ¡por los cuernos de Lucifer! ¡Como ese caballero, acaba de pasar el semáforo en rojo por venir viéndola!

—Lucifer no tiene cuernos —contesté con una sonrisa.

—¿Perdón?

—No... nada, nada.

Ya resulta aburrido y repetitivo ser la causa de choques al cruzar la calle, o cuando trabajadores caen de las escaleras al verme pasar. Antes resultaba asfixiante, sin embargo, estoy tan acostumbrada a atraer todo tipo de miradas y reacciones que ya resultan sin importancia para mí; no obstante, siempre es agradable caminar acompañada.

—En verdad le agradezco.

—Nada que agradecer, y recuerde prestar oídos sordos a los comentarios... Todos somos diferentes unos de otros, no existe tal cosa de «normales» y «raros».

—Muy cierto. En menos de nada hemos llegado, muchas gracias, don Carlos, lo extrañaré —dije mientras lo despedía con un abrazo.

—Deseaba acompañarla para despedirla y desearte la mayor de las suertes...

Le di otro abrazo y me despedí sin más, lo seguí con la mirada hasta perderlo de vista.

Las palabras de la licenciada aún sonaban en mi cerebro. De alguna manera la compañía de don Carlos se llevó un poco del estrés. De pronto, se escuchó el ladrido insistente de varios perros, los canes ven y oyen cosas que los humanos no pueden.

A veces quisiera dejar de ser yo y volverme normal, aunque no debería renegar de quien soy: nunca he visto a un demonio renegar de su identidad y empezar a hacer obras buenas, todos debemos sentirnos orgullosos de quienes somos. De niña estaba muy orgullosa de quien era, aun así, ser adulto en este aburrido mundo de humanos es confuso.

Estoy en casa, aún tengo un techo sobre mí. Pondré los cerrojos de acero, las tres cerraduras de seguridad de titanio, la alarma y por este día no pensaré más.

NIÑA EN LA VENTANA

Diez de la noche, diez campanadas, todos resguardados en sus casas, excepto los notables, los he visto pasar por las calles que dan a la ventana. Todos con expresión de apremio y preocupación. Hoy hubo mucho viento y en esta ciudad casi todas las calles son de terracería, así que la tormenta de polvo invitó a todos a resguardarse aún más temprano; sin embargo, ahí van los notables, presurosos. Hoy tenemos luna nueva.

—Buenas noches, Pa, buenas noches, Ma.

La rutina: diez de la noche, todas las luces se apagan, todos a dormir. Ma sale y cierra la puerta de la habitación, permanezco acostada en silencio y escucho perfectamente cómo mis padres se retiran a su habitación. ¡Es hora! Romperé la tradición, abriré la ventana y escalaré. Estoy en un segundo piso: imposible bajar, pero no subir.

Busqué ropa apropiada para la excursión y me cambié. Después de asomarme y asegurar que no hubiera nadie en la calle, abrí la ventana y permanecí unos segundos disfrutando del aire puro. El polvo había cedido un poco al bajar el sol y permanecía una sensación húmeda, fría, diferente. He crecido viendo pasar la vida por ventanas, siento que es un sueño. Debo despabilarme, no es el momento de perder tiempo, nadie debe verme. Necesito apresurarme, aun así, ¡el cielo, tantas estrellas! Esperaba escuchar grillos, el silencio es... total. Tengo el corazón oxigenado, acelerado.

—¡Basta! —hablé en voz alta, tapándome la boca inmediatamente.

Acabé de subir a la azotea venciendo un inmenso vértigo y con cuidado recorrí el techo formado por vigas de madera hasta llegar al borde, al final de la casa. De ahí salté a la azotea del vecino, la recorrí despacio y con cuidado de no tropezar, poco a poco pude ver la calle que resulta oculta desde la ventana, había oído hablar de la Plaza del Minero, parecía que podría verla desde ahí, la ciudad lucía completamente vacía. Descendí de la azotea, llegando al pequeño techo del porche del vecino y de ahí fácilmente pude bajar a la calle. Todas las puertas estaban cerradas, todas las ventanas oscuras, la calle silenciosa, vacía.

—Si así está la ciudad, ¿cómo estará el cementerio? —pensé.

El vértigo permanecía, no era yo, la noche se movía; no los lugares o las cosas, ¡la noche! No entendía qué pasaba. La calle daba a la alcaldía en la cual, contaba Ma, había un árbol donde al parecer colgaban gente hace muchas décadas, y según ella proyectaba una frondosa sombra. Lo interesante es que el árbol había sido derribado cien años atrás y aún proyectaba la frondosa sombra. Esta ciudad tiene muchas leyendas relacionadas con las sombras, incluso su nombre significa algo referente a esa palabra. Según yo, el significado relacionado a las sombras viene del hecho de que los cerros ensombrecen a la ciudad y anochece más temprano también a causa de ellos. Seguí caminando por la calle, ahora más rápido, pues empezaba a alucinar: veía sombras caminar, mas no personas, incluso creí escuchar pasos. Me detuve, observé con detenimiento la calle: nadie, vacío total. Reanudé el paso veloz y llegué rápidamente a la alcaldía, la cual estaba completamente cerrada, oscura, vacía.

Esperaba un edificio diferente, este se parecía más a la iglesia del pueblo, ¿o es la iglesia?

—¡Debo salir más! —pensé en voz alta.

Ahora no estaba aburrida, temía. La posible iglesia y posible alcaldía tenía un campanario con una pequeña ventana tapiada, de forma cuadrada de abajo y redonda la parte de arriba, parecía más una torre de vigía.

Comencé a rodear el edificio observando con atención los detalles: columnas, ornamentos, más arcos, pero nada de movimiento, nada de sombras. Según Ma, las sombras generadas por la luna son más peligrosas que las generadas por el sol.

Desde la ventana siempre veo que los notables y el juez vienen en esta dirección y este es el último edificio de la calle, sin embargo, no hay nadie.

Al cabo de un rato decidí regresar a casa. Sorpresivamente estaba aliviada, había sentido algo de miedo. Di media vuelta y en eso, de improvisto, empecé a escuchar el murmullo de voces lejanas. Al darle la vuelta completamente al edificio, terminé ante una barrera de árboles que delimitaban un cementerio. En medio de la arboleda había una entrada, dos columnas cuadradas de ladrillo gris sostenían una reja abierta, hacia la que caminé sigilosamente. La reja tenía dos líneas de rieles de acero forjado, una en la parte inferior y otra segunda columna en la parte superior.

Entré al cementerio, las voces se escuchaban más y más cerca. Seguí caminando con cautela, no había criptas, ni tumbas, solo cruces de madera, dos tablillas clavadas en forma de cruz en todas las sepulturas, montículos de tierra debajo de cada cruz.

Las sepulturas estaban dispersas en forma confusa y enredada, aun así, formaban caminos. En pocos minutos llegué al centro del panteón. Estatuas de piedra grises cubiertas de hiedra. Ángeles, creo que las estatuas representan ángeles. No podía acercarme más ni asomarme sin ser descubierta, así que permanecí escondida detrás de una gran estatua, sin embargo, lograba escuchar muy bien todo

lo que se hablaba. Pequeñas llamas ardían y desaparecían en el aire.

—Antes de la luz solo había oscuridad, es en esta oscuridad que iniciamos el Juicio de Dios —comenzó a hablar quien, adivinaba, era el juez espiritual Sánatos.

—¡Elena! ¡Niña! Se te acusa de brujería, oigamos a tu acusador.

—Todos los miembros de su familia cayeron enfermos, primero su padre, seguido por su madre y por los dos hermanos. Sospechosamente, ella, hija mayor del matrimonio, no enferma. Después me hechizó e hizo que me enamorara de ella —terminó quien creía era Miguel.

—Pero... si yo lo he rechazado cientos de veces, ¿por qué querría...?

—¡Basta, mi niña! ¿Tienes algún tipo de evidencia, Miguel?

—Como nos enseñó usted, señoría, y según su gran libro, tengo evidencia espectral, es decir, sueños; puedo reconocerla como la persona que apareció en mis sueños y en ese momento del sueño no podía respirar en la realidad.

—Muy bien, creatura, ante la posibilidad de ser bruja, se realizará la prueba del agua: si flotas, eres bruja; si te hundes y permaneces en el fondo, eres inocente. De cualquier manera... quedarás purificada, querida niña.

No podía quedarme más, debía regresar, estaba muy nerviosa de ser descubierta y regresé a casa. Con dificultad realicé el mismo recorrido que hice para llegar, pero apenas fui consciente del tiempo o del espacio. Solo podía pensar en la pobre Elena. Su vecino la acusó de bruja, recuerdo a Ma contar que no quería casarse con él y parece que no lo tomó de muy buena manera. Decía haberlo obligado a amarla para hacerlo sufrir. Cuando escuché la historia, moría de risa, ahora resulta tétrico.

NÚMERO 9

Coloqué el trébol en la repisa de la sala, como un importante trofeo. Más que un trofeo, era un amuleto, un talismán digno de veneración. Permanecí un momento admirándolo, afuera se escuchaba el canto de los pájaros, dentro de la casa el silencio era absoluto, descubrí algo de repente: era el único «adorno» en la casa. No tenía flores, figuras o portarretratos. Los dos espejos que adornaban el comedor y la sala permanecían con las sábanas que coloqué al cambiarme a esta casa.

No tengo espejos descubiertos o fotos de nadie, la abuela era el único pariente que tenía y para ella todo era cosa de mal agüero, así que continué la costumbre de no tener reflejos ni fotos. Nunca viajo, es aburrido viajar solo, no tengo recuerdos de ninguna playa. Desayunar, comer y cenar sin más compañía que la televisión es... ¿cómo describirlo? ¿Solitario? No... realmente es algo más profundo, no existe una palabra para describirlo, tal vez debo inventarla.

Encendí la televisión con ciento ochenta canales, *streaming* y demás arrimadijos solo para sentir un poco de compañía, sintonicé la televisión abierta y un canal de música, empezó un video antiguo con una deprimente melodía de Juan Gabriel:

Yô no nací para amar

Nadie nació para mí

Mis sueños nunca

Se volvieron realidad.

Apagué inmediatamente la pantalla. Esta vez la vida no logrará su efecto acostumbrado. No importaba realmente qué tan solo había estado, ahora estaba feliz, sabía que el trébol muy pronto cumpliría mi deseo.

Debía recibir el deseo dignamente y decidí comprar ropa nueva, llevar a lavar el carro, cambiar de peinado, incluso decidí redecorar la casa. Todo debería ser perfecto para la llegada de lo que pedí: una hermosa mujer que brillara y compartiera un poco de su brillo conmigo, como la luna, invisible para todos si no fuera por la luz del sol. Es lo que necesito, un sol.

Como era un trébol de cuatro hojas, no escatimé en el deseo. Pedí una hermosa rubia de ojos azules, inteligente, de un cuerpo tan hermoso como su cara y con un alma tan maravillosa como sus ojos. Una mujer a la que no pueda dejar de mirar o de pensar.

La verdad no sé realmente cómo llegué a estar tan solo. Bueno, pensándolo bien sí lo sé: soy invisible. Ninguna mujer osa mirarme, realmente mirarme. Jamás pensé que enamorarse requeriría de un trébol de cuatro hojas, un hechizo o algo de origen mágico o divino. Alguna vez pensé que enamorarse sería sencillo. Creía, con ingenuidad, que enamorarse solo requería encontrar una mujer, una que riera de mis chistes, una que disfrutara platicar conmigo, una mujer que se sintiera más segura de sí misma cuando estuviéramos juntos, una compañía, alguien que me hiciera sentir un poco menos solitario. Alguien a quién cuidar, alguien a quién querer.

¡Resulta que no! Encontrar un amor es increíblemente difícil. El dinero, tanto tienes, tanto vales, apariencias, el qué dirán y mil complicaciones más han convertido este asunto del enamoramiento en algo inalcanzable.

Incongruentemente con mis creencias, disfruto gastar en cosas ostentosas y esa mañana decidí comprar un auto nuevo en lugar

de lavar el que ya tenía, así que partí hacia la agencia de autos más cercana. Deslumbrar a una mujer con un auto nuevo es una estupidez, no lo hago por esa razón. Recuerda que soy invisible, necesito objetos y personas deslumbrantes para intentar pasar menos inadvertido. Sentía una extraña sensación de apremio, podía sentir que el universo, la magia o Dios no demoraría mucho en actuar.

Salí de casa y resolví llegar primero a la oficina y ver cómo estaban las cosas. La oficina se encuentra en el sexto piso de una de las torres más importantes y exclusivas de la ciudad. La seguridad es impresionante, cámaras y guardias por todos lados. Aun así, al llegar, recibí el elegante olor a caoba que siempre escapa al abrir la puerta y encontré a la policía tomando declaraciones a los empleados: habían entrado a la oficina a robar. Mi asistente corrió a encontrarme.

—No se preocupe, jefe, no falta nada —contestó tranquilamente Bere, la eficiencia convertida en mujer.

Bere era el tipo de persona que detenía la puerta, aunque venga diez metros más allá. Siempre está al pendiente de mí y es totalmente correspondida, siempre he sentido la necesidad de estar al pendiente de ella. Es mi mejor amiga y le demuestro afecto pagándole mejor y permitiéndole faltar cuando lo necesita.

Habrá quien demuestre su cariño con abrazos o flores. Bere es diferente: sus regaños son muestras indiscutibles de cariño; todos demostramos afecto de acuerdo a nuestra identidad.

Miré lentamente la oficina, preguntándome por qué no se llevaron las computadoras, las pantallas o por lo menos la caja chica. La oficina estaba completamente revuelta, aun así, no faltaba nada.

NIÑA EN LA VENTANA

Imagino que Elena era inocente y murió ahogada. Claro que mis padres decían:

—Otro accidente.

Sin embargo, conocían la verdad.

Por la otra calle, una frente a la ventana de la recámara donde duermo, queda la funeraria. Como es una ciudad pequeña, la funeraria es pequeña y poco socorrida. La joven ahogada es velada en este lugar, sin embargo, en este pueblo nada es lo que parece.

—¡Nadie entra o sale del funeral! —le digo a Ma—. Fue inocente, debería acudir mucha gente —pensé.

No miento, desde la ventana y con miralejos logro ver el ataúd cerrado de madera frente a 20 sillas vacías. Ni amigos o familia, nadie acude, nadie ha venido y la hora de sepelio ha llegado. Incluso la calle estaba completamente vacía.

—¡No! Esperen, alguien baja por la calle con dirección a la funeraria.

Al acercarse el individuo pude identificarlo rápidamente:

—Olvidenlo, es el loco del pueblo —murmuré.

Así le llamaba yo: «el loco del pueblo». Era un hombre de mediana edad quien pasaba las calles con un libro en la mano, siempre leyendo. Su cara invariablemente reflejaba el sentimiento provocado por el libro. Nunca apartaba la vista del papel. Bueno... dos veces nada más, una vez que había chocado con un poste y en otra ocasión había caído en una coladera. Fuera del loco, nadie en la calle.

—Dos hombres llegaron, ¡por fin! —exclamé.

Habían llegado dos personas, ¡al fin! Entraron a la funeraria. Unos minutos después salieron cargando el ataúd.

—Empleados de la funeraria —grité.

No sé por qué gritaba, Pa y Ma ignoraban ya todo comentario, como si supieran qué pasaba.

—Los dos hombres habían llegado por el ataúd para llevarlo a enterrar —grité con más fuerza.

Ignorada completamente. La única distracción que tengo es observar y solo tengo trece años, pero soy muy «abusadilla», como dice Pa. Demasiado, cree él. Soy observadora, nada más, una vida de práctica; hablo y pienso como adulto y chismoseo como adulto, jamás he platicado con nadie aparte de Ma y Pa.

—Vacío, un ataúd vacío —murmuré con voz queda, para mí.

Ma alcanzó a oírme, se asomó a la ventana y murmuro también:

—¿Cómo sabes?

—¿Ahora sí escuchaste? He visto cargar ya varios ataúdes de jovencitas; obsérvalos: no están batallando por el peso, esta vacío.

Un funeral de pueblito es cuatro personas cargando el ataúd caminando hasta el cementerio; detrás de ellos, parientes y amigos caminando. En los funerales normales veo de cinco a veinte personas caminando como cortejo fúnebre, en este caso, nadie detrás del ataúd.

—¡Nadie detrás del ataúd! Jamás en la historia de este lugar un difunto ha caminado solo a su fosa, exceptuando casos de cólera y de br... —dijo Ma, interrumpiéndose.

Ma salió de la habitación. Recargué la cabeza en mis brazos y estos en la ventana, comencé a parpadear; la calle se volvió monótona, vacía, aburrida, el sol en la cara, sentí de pronto mucho sueño.

—¡Un difunto camina solo!, dijo Ma —pensé y quedé completamente dormida.

Comencé a soñar con Elena, muerta, caminando sola lentamente a su tumba, al llegar a la fosa, entró en el hoyo de un salto. De pronto ya no era yo una observadora, era yo quien lentamente ocupaba la posición de cadáver en la fosa.

SOL

Existen días donde absolutamente todo sale mal y estallo en ira, entristezco, maldigo la vida, a las antiguas diosas, a los nuevos dioses y al universo. Por nuevos dioses quiero decir: tecnología, ciencia y *smartphones*. Odio los celulares, son insoportables.

Por otro lado, no comprendo por qué cuando todo sale perfecto agradezco a las antiguas diosas, tengo el corazón danzando, reboso en alegría y sosiego, deseo decirle a todo el mundo que lo quiero. La triste verdad que debo afrontar es que, en este absurdo y desabrido mundo, todos los días son iguales, soy yo quien cambia de humor. Días malos, días buenos, ¡mentira! Todos los días son exactamente iguales. Al final lo único que importa es no morir, ese es el truco, el secreto: ¡no morir!

Ir de compras un lunes en la mañana, beneficios exclusivos del desempleo. Resulta muy relajante recorrer pasillo a pasillo cada prenda de las tiendas, es casi como ser invisible. Aplica solo en horas hábiles, por supuesto. No sé por qué le llamo ir de compras si casi no compro nada. Es relajante no andar apresurada por ir a trabajar.

Los vestidos son geniales, solo la ropa y yo. Disfruto imaginar cómo el contraste del color de la tela resalta el azul de mis ojos y la palidez de mi tez y, a la vez, reniego de las miradas que causaré.

De cualquier modo, no puedo esconder los problemas dentro del vestidor. Al salir de la tienda siguen esperando pacienzudos mi regreso. El día anterior había sido despedida y ese día había encontrado un color uva de labial increíble. ¡Madre mía, el color uva es magia!

—¡Combina perfecto con la profunda blancura de mi cara! Por lo general, estos colores solo favorecen a las morenas —le informé a la encargada al momento de pagar.

La empleada, de tez morena, recibió el comentario con manifiesto enfado. Ya en el exterior de la tienda, descubrí un clima nublado poco común para Chihuahua, perfecto, no hay sol, no hay sombras.

Caminé hasta la agencia de autos, debía recoger la indemnización. La tienda de ropa estaba a unas tres cuadras del lugar donde solía trabajar. Llegué a la empresa, entré y caminé lentamente. Desde niña siempre he sido muy observadora y noté cómo cambió el ambiente al entrar: sonrisas llenas de satisfacción, el morbo del chisme recorriendo la empresa, lo podía ver como un ente, una sombra recorriendo los rincones. El edificio mismo me veía con recelo. ¡Sí! Las construcciones a veces absorben la energía de sus ocupantes otorgándoles energía, vida, son entes malignos casi siempre; el personal de esta empresa emana solo envidias, antipatías, ojeriza.

—Buenas tardes, licenciada, vengo por el finiquito —saludé a la encargada del departamento de Recursos Humanos.

La mujer de mediana edad, vestida con traje sastre, elegante, ejecutiva, la imagen corporativa hecha mujer, miró de arriba a abajo mi atuendo y, si las miradas hablaran, habría dicho:

—Por esa minifalda te corrimos, querida.

Sin embargo, muy ecuánime y formal, extendió la mano con un cheque y dijo:

—Las puertas de esta empresa siempre estarán abiertas para usted, Soledad, le deseo mucha suerte.

Solo escucho diplomacia con el cuento de las «puertas abiertas», este mundo es de palabras simuladas, aparentes, acaban de echarme a patadas con un «siempre estarán abiertas». Jamás lo entenderán en esta empresa ni en ninguna otra: la ropa, el peinado y el maquillaje pueden cambiar la forma como luzco y la forma como me tratan, sin

embargo, jamás cambiarán mi forma de ser o de pensar. Algún día me toparé con quien vea mi interior, lo que soy realmente.

El día anterior estuve muy pesimista, pero hoy desperté con la idea de estudiar y encontrar un trabajo de medio tiempo. Siempre he deseado una vida normal; bueno, al parecer ser despedida es parte de una vida normal.

Recibí el cheque de manos de la licenciada. Tuve la gentileza de despedirme amablemente de todas las personas que hablaron pestes de mí, con esto cerraba el círculo, un ciclo. En este mundo supuestamente civilizado nadie da por finalizado nada, tanta innecesaria tecnología y no conocen algo tan sencillo y tan importante como lo es cerrar un ciclo. Después de un último vistazo a la empresa, agradezco mentalmente todos los insultos, envidias y miradas de odio recibidas y con decisión volteo abruptamente para encaminarme a la puerta, cuando tropiezo con alguien, tirándolo.

—No lo vi, perdóneme —dije avergonzada.

—No se preocupe, estoy acostumbrado a que las personas no me vean hasta que tropiezan conmigo —contestó el extraño, levantándose lentamente.

—Estaba muy distraída —concluí.

Jamás había visto ojos así, su mirada despertó mi capacidad de asombro, por un segundo el mundo dejó de ser aburrido, su mirada era clara, no sospechosa. Tampoco era como la de los otros hombres que parecen querer comerme; no, era... tierna.

No recuerdo qué más dijo, su cara resultaba familiar. ¡No!, ¡más bien agradable!, desconocida, aun así... no sé... más bien miraba como si me conociera... ¡No! Como si estuviera esperándome. ¡Qué interesante desconocido! Debía ser cliente de la empresa. Creo que me ofreció que trabajara para él, algo que sucede muy seguido. Igual, nunca son reales los ofrecimientos, por lo general son pretextos.

tos para entablar una conversación y pedirme el número telefónico o invitarme a salir.

Dejé la empresa y caminé hacia el departamento avanzando entre la gente, sintiendo las miradas. Últimamente camino ensimismada, sin embargo, esta vez y después de caminar unas cuadras, algo frenó mis pensamientos: dos hombres detuvieron su andar y me miraban.

—¿Por qué tan sola, güerita? —dijo uno de los extraños.

Siempre hay un insoportable bellaco que intenta platicar conmigo. Irónicamente, entre más personas me rodean, más soledad siento. Deseo una vida normal. ¡No! Ese es el problema, la vida es normal, ¡yo soy la definitivamente anormal! No necesito un idilio tipo Romeo y Julieta, solo deseo enamorarme.

Al llegar a la casa, dejé de caminar y permanecí un segundo de pie ante la puerta, cambié un poco de sentir, realmente debería agradecer haber escapado de... bueno para qué recordar. Abrí la puerta, iluminé la habitación y enseguida encendí la luz, ¡sí! ¡En ese orden!

Observé la casucha donde vivo... no sé cómo voy a pagar la renta este mes. ¡Necesito un trabajo!

NIÑA EN LA VENTANA

Cada pequeña ciudad, poblado o ranchería tiene sus historias de fantasmas, su casa embrujada, el puente maldito, o eso dice Ma. Naica no es la excepción: tenemos a *la dama harapienta*.

Por cierta calle no muy frecuentada que da a la ventana de la cocina (bueno, realmente ninguna calle es transitada), bajo un tejabán, afuera de un local abandonado, reside permanentemente una mujer zarrapastrosa, andrajosa. Jamás se mueve de su sitio, siempre observando con cierto aire de solemnidad, cabeza erguida, espalda siempre recta y la mirada penetrante el pasar de los pobladores. La dama harapienta permanece siempre sentada encima de una pila de cartón.

Soy muy observadora (metiche, dice Ma), también abusada (dice Pa), logro entender cosas que los adultos no captan. En esta diminuta ciudad cohabitan dos tipos de personas: los normales y los fanáticos seguidores de Sánatos; estos últimos siempre miran raro, observan todo, vigilan con una fingida sonrisa en el rostro. En esta ciudad extrema, el implacable sol de verano, el inclemente frío de invierno y las tormentas de arena doblegan al más bragado. Extrañamente los seguidores de Sánatos, y él mismo, jamás se ven afectados por el clima, siempre con esa boba sonrisa en el rostro. Hablan sonriendo, comen sonriendo, a veces deseo bajar y darles un martillazo a ver si continúan sonriendo, resulta espeluznante verlos siempre sonreír.

Hoy es luna nueva, lo sé por un extraño escalofrío, un presentimiento, no sé cómo explicarlo. Creo que la dama harapienta también presiente las cosas como yo.

La mujer harapienta sabe al igual que yo que Naica es diferente, tiene secretos, el viento lleva polvo y secretos hasta las ventanas de

las casas, muchos secretos llenos de polvo. Lo del ataúd vacío sí dio ñañas, como dice Ma, pero puede haber mil explicaciones para eso. Trato de ser lúcida, como dice Pa, encontrar una razón lógica para todo lo que veo día a día en este pueblo.

—Hay cosas que es mejor no hablar —dice Pa—. Las brujas mandan sus sombras a escuchar.

—También las envían a hacer sus maldades —dice Ma—. La mejor manera de descubrir a una bruja es porque no tiene sombra.

—¿Una bruja no tiene sombra? —pensé.

Es la primera vez que hablaban de brujas abiertamente Pa y Ma, todo lo que sé lo he escuchado y visto por las ventanas.

¡Este pueblito y las sombras! No recuerdo el significado de Naica, algo de las sombras.

—¡Ma! ¿Qué significa «Naica»?

—Proviene del tarahumara, hija: lugar entre sombras o lugar sombreado.

Esta noche volvieron a pasar los notables con la misma expresión de terror por la calle, pronto serán las diez de la noche y volveré a escapar con mucho cuidado, estoy apostando la vida en esto. Tengo el corazón emocionado y aterrado, emocionado por escapar un rato a este encierro y aterrado por ser descubierta, aterrado de entrar a un tétrico cementerio, posiblemente el último lugar donde un ladrón de cadáveres se atrevería a entrar.

NÚMERO 9

El intento de robo no generó problemas que resolver, de cualquier modo, teníamos cámaras y podríamos regresarlas más tarde. Permití a los empleados poner orden en la oficina y continué con el plan original.

Chihuahua ha crecido muchísimo en los últimos años y, como toda ciudad moderna, cuenta con un *freeway* mexicano. Lo llamamos «periférico» y la mayoría de las tiendas de lujo se encuentran en esta vía. Recorrí unos minutos el periférico y encontré la agencia de autos que había recomendado Anna, una de las amigas de Bere. A simple vista parecía ser la empresa más suntuosa de la ciudad en cuanto a venta de automóviles de lujo. Entré bobeando y mirando los carros en exhibición, ninguno parecía sobresalir.

¿Deportivo? ¿Camioneta? No conozco mis propios gustos, soy la persona más indecisa del planeta, cuando eres invisible no te conoces realmente. Existen personas a quienes les gusta la música y gozan de un talento natural. Estudian y trabajan tocando algún instrumento, la música los define y su talento les da identidad. Otras personas pueden definirse como deportistas, diseñadores de moda e incluso otras pueden etiquetarse como víctimas, alcohólicos o asesinos seriales.

Una vez que conocemos quiénes somos, podemos definir nuestro futuro, nuestro plan de vida. Desgraciadamente cuando eres invisible tienes muchos gustos, demasiados *hobbies* y cambias de pro-

yecto de vida día con día. Una persona invisible no logra verse a sí mismo. ¡Nada nos define!

—¡No sé quién diablos soy! —exclamé en voz alta, casi riendo.

Volteé avergonzado a ver quién escuchó.

—Nadie —pensaba aliviado.

Repentinamente alguien tropezó aparatosamente conmigo, precipitándome de sentón al suelo.

—No lo vi, perdóneme —dijo avergonzada la extraña que literalmente me atropelló.

—No se preocupe, estoy acostumbrado a que las personas no me vean hasta que literalmente se estampan conmigo —aclaré sin prestarle mucha atención, incorporándome nuevamente.

—Estaba muy distraída —se disculpó de nuevo.

Recuperé la compostura y ya no pude hablar al mirar con quién tropecé. Por un momento perdí el sentido del espacio y tiempo, un extraño frío recorrió mi cuerpo, mi vista se nubló y solo pude murmurar:

—¡Wow!

Mi deseo se acababa de convertir en realidad, pero rebasaba todas mis expectativas. Estaba ante una rubia de facciones perfectas, una princesa salida de un cuento de hadas, dueña de una devastadora y muy natural sensualidad. Tenía un aire extranjero, inglés tal vez, le calculaba tal vez veinte o veintidós años. De manera sobrehumana me calmé y pregunté:

—¿Está bien, señorita? Tiene los ojos llorosos, ¿puede atenderme?

—Ya no trabajo aquí, me acaban de despedir.

Asombrado del poder del trébol y del universo, le ofrecí empleo.

—Alguien tan hermosa como usted sería una gran vendedora en mi empresa —dicho esto, le extendí mi tarjeta.

¡Qué aroma! No era perfume, era... algo natural, no sé.

No era mentira lo que le decía, siempre pasaba inadvertido por

el mundo y no hubiera podido crear mi empresa sin relucientes vendedores. Para cualquier empresa las ventas son el alma, corazón y motor de la organización.

—Le ofrezco libertad de horario, sueldo y comisiones, llámeme si le interesa. Adiós, señorita, y mucha suerte.

No quise presionar, sabía que el trébol la llevaría de su mano invisible a mi vida. La verdad es que estaba muy impresionado, no fue hasta que se despidió y se alejó que pude respirar y pensar con cierta normalidad. Salí de la agencia hablando solo, olvidando a qué iba o dónde estaba.

¡Su cara! ¡Sus ojos! ¡Sus intensos ojos! ¿Quién había colocado el mar en sus ojos? ¡Alguien tan hermosa como usted! ¿Cómo pude decir algo tan soso? Parece frase de galán fantoche. Además, no creo que necesite que le recuerden lo que todos los días ve en el espejo. Venía ensimismado, hablando solo, de pronto había llegado a casa, no recordaba cómo.

Estaba enamorado de la mujer a quien esperaba, a quien soñaba, sentía conocerla de años. El carro no estaba, seguramente lo había dejado en la agencia y no estaba seguro de si había caminado, tomado un taxi o cómo había llegado a casa; de cualquier manera, importaba un cacahuete.

Ese día no dormí y las siguientes noches las sentía largas, eternas, en los días siguientes lucía como zombi. Esperaba que llegara y regaba con devoción el trébol, dotándolo de mucha agua y luz de luna, ¡no fuera a morir!

No podía borrar de la mente las dos lunas azules en esa cara pálida, un azul sublime, cristalino, intenso, escalofriante.

¡Es grandioso, por fin tengo a alguien a quien echar de menos! ¡Un sentimiento horrible: contar con desesperación cada minuto para estar con ella! Y a la vez es maravilloso, celestial y... ¡nuevo! Siento la vida, estoy vivo o loco, igual es grandioso.

Tenía un sexto sentido diciendo: «¡Huye!». Eso me hacía desearla más.

Sabía que a partir de ese día era otro, para cualquier persona resulta imposible acostarse una noche y al día siguiente levantarse como alguien más. No cometeré los mismos errores, no sentiré los mismos miedos y no soñaré más; viviré. Soy alguien nuevo.

SOL

Cada día despierto aburrida en un mundo adormecido y demasiado vasto para andar deambulando en él, no pertenezco a ningún lugar o a ninguna persona.

¡Necesito un novio!

Bueno, primero un trabajo para no morir de hambre y luego un novio.

En los currículums siempre escribo «Sol» en vez de «Soledad», odio la soledad.

Imprimí cerca de cincuenta currículums y los llevé a la mitad de las empresas en Chihuahua. En una semana acudí a más de diez entrevistas: empresas de lácteos, de comunicaciones y varios ramos más. Tal vez no lo creas, pero la belleza estorba, la mayoría de los entrevistadores eran mujeres y al parecer consideraban una afrenta territorial mi belleza. Es imposible conseguir trabajo. Solo tenía una oferta de trabajo de un desconocido cuya tarjeta de presentación había olvidado o perdido en algún lugar.

Una entrevistadora dijo que parecía una persona con muchos secretos. Todos tenemos derecho a tener secretos, creo firmemente que debemos ocultar cosas incluso a las personas que amamos. Nunca conoceremos totalmente a las personas con las que compartimos nuestra vida y ellas jamás nos conocerán completamente. Aun así, igual podemos amarlas y ellas pueden amarnos, solo basta conocer sus sentimientos hacia nosotros. Si encuentro un amor en

este mundo, jamás debe saber de dónde vengo o quién... *qué* soy, seré una mujer común y corriente y así viviré por siempre, sin embargo, este lugar es para mí un desierto desolado, la superficie de un inmenso océano, este mundo lleno de personas se encuentra vacío para mí.

Decidí guardar la escasa liquidación de la agencia en un banco que una de las clientas de la agencia recomendó muchísimo. Deseaba ahorrar y usar ese dinero para terminar mis estudios inconclusos o para sobrevivir, según sea el caso.

—Pronto seré licenciada en algo, así será más fácil encontrar trabajo —pensaba mientras caminaba al banco.

Al llegar, lo de siempre, ¡una fila larguísima! ¡Resulta tan molesto! Los humanos y sus interminables y tediosas filas. Expulso el aire de golpe, en señal de fastidio, y procedo a ponerme detrás de la última persona cuando de pronto lo veo. ¡Madre mía, qué suerte! El desconocido que me ofreció trabajo en la agencia se encuentra en la fila. Miraba al vacío, esa mirada podía enamorarme, deseaba conocerlo, estaba intrigada, el mundo dejaba de ser aburrido cuando estaba cerca de él.

Presentía peligro, podía ser el peor error de mi vida. Si fuera inteligente saldría corriendo, digamos que no lo soy, así que...

NÚMERO 9

Jamás dudaría del poder del trébol de cuatro hojas, sin embargo, la desesperación y los pensamientos de inseguridad hacían desesperante el día. Debía ir al banco a hacer varios depósitos y de ahí a realizar otros trámites, así mantendría ocupado el cerebro para no pensar, para no dudar. Ese era el plan, al menos, pero no resultó como esperaba.

Al llegar al banco tuve que hacer fila por media hora y no hice otra cosa más que pensar en la mujer de mis sueños, la cual sorprendentemente palmeó mi hombro y casi golpeo a la persona que estaba enfrente por causa de la impresión.

¡Nadie, jamás, me ve! ¿Por qué alguien me notaría? ¡Aun así ella me distinguió!

Volteé y no dejaba de mirarme con una sonrisa. Sentí vértigo, felicidad, mareos y ese extraño frío otra vez, todo al mismo tiempo. Grité en mi interior. Inusual e inquietante es que alguien ponga su mirada en mí, esa penetrante mirada azul era escalofriante y reconfortante a la vez.

Realmente jamás podré ser capaz de describir los ojos de esta mujer, solo puedo expresar el efecto que causan: no logras apartar la mirada de ellos, imposible verle la nariz o la boca, los ojos atraen tu mirada forzosamente. Cuando no estás con ella es inevitable no desear verlos una vez más, observar ese azul imposible, inexistente.

En aparente calma intenté esbozar una sonrisa y saludé:

—¡Señorita desempleada! ¿Cómo está?

—Sol —respondió—. Me llamo Soledad, pero me dicen Sol.

—¿Lista para trabajar con nosotros?

—Acabo de inscribirme en la escuela y solo dispongo de las mañanas.

—¡Contratada! —Media fila del banco volteó a verme cuando inconscientemente alcé la voz.

Después de abandonar la fila y el banco, caminamos a un café cercano al banco para platicar. Tropecé varias veces antes de llegar al establecimiento, sufría, moría, disfrutaba su compañía, temía despertar de un sueño. Una vez en el café pasamos media hora hablando de minucias, detalles del trabajo, y nos conocimos un poco, hablábamos muy parecido, éramos almas gemelas.

—Mañana comienzas a trabajar con nosotros.

—Así es, aunque ni siquiera sé... ¿Cuál es tu nombre?

—No tengo uno, es una ¡muy! larga historia. Cada persona me llama como lo desea, dependiendo qué vea en mí o qué sea para ella.

—¡Que extraño! De acuerdo... entonces... yo veo en tí a un desconocido, un interesante desconocido... el número 9.

Sol lucía de veinte años, sin embargo, hablaba como si fuera mayor: una combinación hechizante. Nos sentamos en el rincón más escondido del café y aun así todo el que pasaba volteaba a vernos. Meseros iban y venían atentos a ver qué se nos ofrecía. Cuando voy a un restaurante o café, jamás espero a los meseros, primero cerrarían el restaurante antes de percatarse de mí, ella es perfecta para mí, es lo que necesitaba, ella me vuelve visible.

—Cuéntame de tu familia —pregunté.

—Nadie en el mundo.

—¿Algún primo, tío, perro, gato? —insistí.

—Nadie.

—Es inusual, raro —dije.

—Diferente, solamente. ¿Qué hay de tí?

—Nadie tampoco.

Al momento de despedirnos reaccioné: estaba en un lugar público rodeado de personas, su presencia borraba todo lo que la ro-

deaba, como escribía Henry James. Sonrió, había un brillo en sus ojos, seguramente igual al que había en los míos. No dijimos adiós ni palabra alguna.

Permanecí de pie junto a la mesa del café, tardé unos segundos en reaccionar. Comencé a caminar a la salida, aún olía a flores, su esencia. ¡No! Ya no olía, era su esencia impregnada en mi mente. Salí del establecimiento y caminé, aún escuchaba su voz, ¡no!, se había metido en mi cerebro. Seguí caminando sin rumbo, poco a poco salí del delirio, ensoñación o lo que fuera.

¿Nueve? Realmente no importa, decía la abuela que alguien sin nombre es un espejo, todos verán algo de ellos en ti.

—Cuidado cuando insultes a alguien, tal vez insultas tu reflejo —decía.

Sabes que te has vuelto loco cuando empiezas a agradecer por todo lo malo en la vida. Agradecí estar tan solo, pues estaba libre para recibir a Sol.

Fue mágico, sencillo y fácil, tan natural... Mas no me engaño, fue un deseo a un trébol de cuatro hojas. Caminé sin ser consciente de a dónde y llegué a la oficina, sin embargo, no recordaba si había salido de ahí. Al llegar, ignoré a mi secretaria, que algo murmuraba.

—¡Despierte! ¿Qué le pasa? —urgió Bere.

—Creo que estoy enamorado —le contesté.

—¿De quién se ha enamorado? Recuerde que la persona de la que nos enamoramos dice mucho acerca de quiénes somos en realidad —contestó.

Bere había logrado despabilarme completamente, su mirada penetrante e insistente era una cachetada. Comencé a trabajar, en automático, robóticamente.

Siempre imaginé vivir y morir solo, parecía ser mi lugar y lo aceptaba de buen humor. No había nadie en este mundo, pero ¡aho-

ra está ella, qué estrés! El trébol puede traer a una increíble chica a mi puerta, pero ¿garantiza que no salga huyendo al minuto de conocerme?

¿Por qué se quedaría conmigo? ¿Se quedará porque el trébol lo ordena? ¿Se quedará por amor... o por magia? Realmente no importa, jamás la dejaré ir.

BERE

¿Cómo es posible que no te des cuenta de que soy la niña de tus sueños? Soy la valiente princesa que te salvará del dragón. Soy el «félices para siempre» de tu cuento.

¡Cuánto me gustaría decirle! Si no fuera un tarado. Tú eres testigo, querido diario, cómo siempre resulto invisible para él. Me trata como su mejor amiga, nunca entenderá que no existen los cuentos de hadas. Existimos él y yo, ahora y aquí.

Como escribí, es inútil, mis sentimientos son invisibles para él. Es inútil renegar, lo querré mil años más y a pesar de su indiferencia le cuidaré siempre. Y cuando algún loco incendie el mundo entero, ahí estaré con él, para mantenerlo a salvo. Por dos años he...

—¿Has visto al jefe? No lo encuentro —pregunta Soledad.

¡No puede ser! Ya ni escribir puedo sin que Soledad asome sus narizotas.

—Ni idea —le contesto cortante y Soledad avanza a la siguiente habitación.

Confesaré que no me agrada Soledad. Acaba de contratarla e inspira mala vibra, trae mal karma y dejo de llamarme Berenice si estoy equivocada. Además, siempre desconfiaré de las rubias, no porque yo sea morena, sino por razones obvias para todos, invisibles para él. El tarado de mi jefe anda deslumbrado por ella. ¡Que un cuerpazo! ¡Claro que no! Voy al gimnasio una hora diaria y además todos saben que la piel morena es siempre más firme, los güeritos se arrugan fácilmente y su piel se vuelve flácida.

Además, ¡esos ojos! Jamás he visto un color así, o son los pupilentes más sofisticados que he visto en la vida, o son de otro planeta.

En eso se va la luz en la oficina. Son las siete de la tarde, casi es invierno y el sol comienza a ocultarse. De repente una luz, como cuando se abre el refrigerador en la oscuridad, aparece de la habitación contigua, en esa habitación nada puede emitir luz y es demasiado brillante para un celular. Dejo la silla donde estaba cómodamente sentada con apremio y camino hacia la oficina alzada. Al cruzar la puerta, veo a Sol escondida debajo del escritorio resplandeciendo, se percató de mi presencia y volteó a verme, sus ojos eran menos azules, blanquecinos. Un segundo después vuelve la luz. Poco a poco mis ojos comienzan a acostumbrarse de nuevo a la luz artificial.

— Brillabas —le cuestiono.

— Era el celular —contestó nerviosa.

— ¡Imposible! —la única palabra que pude pronunciar.

— Alucinas, Bere —respondió fingiendo una risa.

Este mundo es muy simple, las personas son simples, ¡todas! Encontrar a alguien raro siempre es amenazante, los raros usualmente solo desean ver el mundo arder.

Al regresar nuestro jefe, le conté lo que vi. ¡Era como hablar con la pared!

— Las mujeres tenemos un sexto sentido para esto, jefe, hágame caso, además, ¡Soledad brillaba! Debemos llamar al 911. ¡Es bruja, extraterrestre o algo peor! —argumenté.

— Sí, es verdad, Sol brilla, es guapísima e inteligente. Nos ayudará bastante en el área de ventas —insistía desde la luna, el taradote del jefe.

¡Demonios! Golpecé mi frente con la palma de la mano. Estaba ciego, hipnotizado, hechizado... está tonto. ¡Eso es! ¿Cómo no lo pensé antes? Ya no insistiré con lo del resplandor, guardaré el secreto; por ahora, le llegaré por el lado de los negocios.

—Córrala, yo puedo pasarme a ventas, soy mucho más guapa que Soledad y soy muy perceptiva, puedo leer a una persona con solo verla y eso en ventas es un *plus* —le argumenté levantando los brazos como diciendo «vea nada más qué mujerón».

—Un buen vendedor debe ser cortés e invisible.

—¿Invisible?

—Bueno... invisible no, eso no, mas cortés sí.

—Soy cortés.

—¡Bere, pareces modelo! Tienes una belleza con nitroglicerina, sin embargo eres un tornado, eres tan bella e impulsiva como un desastre natural.

—¡¿Qué?! —grité— Solo deseaba escuchar que soy bonita, no un desastre natural —concluí cabizbaja.

—No entiendes. Sol es un... sol, una estrella...

—¡Ay, por Dios! ¡Esa es una maldita canción!

—Y lo más importante, te necesito aquí en la oficina. Eres mi mano derecha, la mujer más eficiente que conozco —concluyó con una clara sonrisa de menso, el menso de mi jefe.

—No brilla, le gusta llamar la atención. Claro, como es Leo —le contesté sabiendo que jamás ha leído un horóscopo—. No todo lo que brilla es oro.

—No entiendes, Bere. Soy invisible en un mundo de apariencias, la vida es un *masquerade ball*, esta ciudad es un baile sin sentido de figuras enmascaradas, algunos usan máscaras de ricos, de amigos, de personas agradables y amables, es como las máscaras del teatro griego; yo sin en ella, en este baile de máscaras, soy una cara sin rostro —concluyó.

—Qué tremendo rollo telenovelero. ¡Demonios!

Inútil seguir con esto. ¿Lo puedes creer, querido diario? La acaba de conocer, todo lo que hemos pasado él y yo... De cualquier manera, sé exactamente lo que debo hacer: lo único que puede hacer una mujer para defender a su hombre.

NIÑA EN LA VENTANA

Repetí con éxito el escape, llegué al cementerio igual que la vez anterior y rápidamente estaba al pie de la entrada. Entré y caminé lentamente, en esta ocasión la oscuridad era total, espesas nubes cubrían la luna. Una voz distante, casi inaudible, golpeó mi rostro:

—Jugaremos en el bosque...

Miré a un lado, al otro, atrás, adelante: nada. Dudé haber sentido y escuchado la voz. Caminé más rápido, ahora tomé otro camino diferente y encontré un área aún más oscura, pensaba haber tropezado con algún animal y resultaba una cruz; de pronto parecía tener enfrente a una persona y resultaba una gran lápida; de cualquier forma, tanta oscuridad, las cruces y lápidas grandes ofrecían dónde esconderme y ver todo.

Este debe ser el centro del cementerio, creo. Habían iluminado con antorchas de bambú toda el área de manera que formaron un círculo. Las tenues llamas iluminaban a quienes parecían ser los notables del pueblo, todos de pie, con caras de miedo, vestidos con ropa casual, junto a ellos estaban quien yo suponía eran los fanáticos seguidores de Sánatos, vestidos con túnicas negras, y en el centro del círculo el implacable Sánatos, también en túnica negra.

En el centro del círculo se encontraba además Edna; Ma hablaba de ella, de la ahora inculpada: una adolescente ejemplar, devota, nunca faltaba a misa, parte del coro, del grupo juvenil. Junto a ella,

un enorme árbol cuyas ramas caían hasta el suelo. Alrededor de ella ardían llamas, encarcelándola de alguna manera sobrenatural.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, sentía la respiración de alguien junto a mí; estaba demasiado oscuro, volteé temerosa sin delatar que volteaba y vi de reojo una silueta a mi lado. Estaba petrificada, decidí armarme de valor y voltear poco a poco. Cabellos largos... mujer... harapos... ¡La dama harapienta! Me calmé y la observé, ella permanecía completamente absorta viendo al centro del panteón. Pensaba que jamás abandonaba su lugar. Una voz en la escena que presenciábamos volvió a arrebatarme mi atención.

Uno de los fanáticos a quien había visto pasar por las ventanas, malvado con los animales, grosero con las personas, siempre sonriente, avanzó y empezó a hablar con voz alta y clara:

—Antes de la luz solo había oscuridad, es en esta oscuridad que iniciamos el Juicio de Dios, preside el juez Sánatos.

—Edna, adorada niña, se te acusa de brujería, ¿quién es tu acusador?

—Yo, su maestra de catecismo.

Del grupo de los notables emergió una mujer: la maestra de Edna. Siempre la observo pasar hacia la iglesia, siempre caminando con el ceño fruncido, siempre con gesto malhumorado.

—Edna tartamudea en clase cuando lee la Biblia, se come o confunde palabras.

—Mi niña —comenzó Sánatos—, una bruja no puede leer la Biblia, así que, ante la sospecha, te practicaremos la prueba de la biblia. No temas, bella niña, sin importar el resultado, tu alma se purificará —terminó su presentación Sánatos.

La noche era oscura, las llamas de las antorchas iluminaban de forma espectral y parcial el lugar. Busqué con la mirada la sombra de Edna, ¡ahí estaba! Normal y corriente, Ma asegura que una

bruja no proyecta sombras y yo sentía el impulso de ir y aclarar las cosas. De una de las partes no iluminadas emergieron más pueblerinos en túnicas negras cargando una gigantesca balanza, antigua, oxidada, con dos grandes platillos y con grabados extraños en los grandes brazos que sostienen las cadenas que a su vez sostienen los platillos. La balanza fue colocada junto a Edna y el árbol. Sánatos colocó una gran biblia en un platillo, parecía que colocaba una bomba a punto de explotar, y al mismo tiempo, otros pueblerinos, que tampoco había visto, llevaron al otro lado de la balanza a Edna, la cual sentaron a la fuerza en el platillo. Al parecer había más personas de las que podía ver, debía ser muy cuidadosa, podía haber gente cerca de nosotras.

La balanza lentamente fue cediendo al peso de la biblia, levantando a la chica quien, con cara de horror, expresaba su incredulidad al ver la inclinación de la balanza.

—Pesas menos que la biblia, mi niña... eres una bruja.

Comencé a hablar en voz baja:

—Pobrecita, debió comer más, o debieron utilizar una biblia menos gigante, es la biblia más grande que he visto en la...

Hablaba sola, la dama ya no estaba, dirigí una última mirada a Edna, sentí una gran impotencia y dejé el lugar rápidamente.

NÚMERO 9

¡Incendias mis sueños!

Desperté con la sensación de haber soñado con ella. Primera mañana sin el sonido de la campanilla. Desayuné, me bañé y vestí pensando en ella, y en lo increíble que resultaba que se hubiera fijado en alguien invisible.

Un pobre es invisible ante los ojos de un rico, la idea de un niño es invisible ante la seriedad de un adulto, un esposo después de cuarenta años de matrimonio se vuelve invisible para su esposa. Si eres invisible debes (debemos) recorrer todos los caminos, tropezar con todas las personas y arriesgarte incontables veces, apostando todo por encontrar alguien que se detenga a verte. Había transcurrido casi un año desde el encuentro con el trébol, casi medio año trabajando Sol en la empresa. El camino que recorría no era una mala elección, solo era una elección en la cual posiblemente perdería la vida.

Al llegar a la oficina nadie notó mi presencia, todos permanecían callados.

—¿Qué pasa? —pregunté.

En eso vi a tres desconocidos esperando pacientemente.

—Lo buscan, jefe —informó Bere.

Los tres individuos voltearon a verme al mismo tiempo.

—Acompañenme —invité.

Entré a la oficina seguido por ellos, les señalé los asientos, los cuales no tomaron y uno de ellos, aparentemente el líder, habló sin rodeos ni saludos:

—Debes ocupar el lugar de tu abuela en el Tribunal de las Sombras. Siempre en luna nueva la abuela viajaba a algún lugar misterioso, precisamente decía ser parte de un tribunal o algo así.

La abuela... Sí, la abuela era una señora muy extraña, aun así, la extraño muchísimo.

—Mi niño, tu abuela dejó esto para ti.

—¿Un libro? *A tryal of witches at the assizes.*

Un libro muy antiguo, empastado en piel, al abrirlo encontré en la primera página un extenso árbol genealógico con el nombre de la abuela al final.

—Estúdialo, creatura, te estaremos esperando la siguiente luna nueva —concluyó.

El señor más extraño que he conocido, cabello canoso como si tuviera más de cincuenta años, sin embargo, su cara no lucía de más de treinta. Casi no gesticulaba al hablar, su vista permanecía fija por largo rato, pestañeaba lentamente, no hablaba más de lo necesario, una economía de palabras exagerada, lo más extraño era esa imborrable sonrisa.

—Discúlpenme, no sé de qué trata todo esto y...

Los tres visitantes se levantaron y dirigieron a la salida, el más extraño de los tres, el líder, impasible, imperturbable, con una postura y movimientos perfectos, detuvo la marcha un segundo para susurrar algo en mi oído, antes de abandonar la oficina.

—¡Viejo chiflado! —clamó Bere.

Bere había permanecido callada todo el tiempo.

—¿Qué le murmuró el tipo?

—Lo mismo que me susurraba la abuela cada noche antes de irme a dormir en mi infancia. Lo último que me dijo antes de morir: «Eres luz de estrellas».

Menos de un minuto duró la reunión. Guardé el libro en el portafolios y Sol llegó minutos después.

—Perdón por llegar tarde —dijo Sol.

—Es extraño... toda persona tiene un olor particular: a colonia, a jabón de ropa, a sudor y este señor no olía a nada. Créame cuando les digo que todos olemos a múltiples cosas, es raro encontrar alguien sin olor. ¿Por qué...?

—¿De quién hablan?

Bere salió de la habitación, dejándonos a Sol y a mí. Llevaba algunos meses en la empresa, sin embargo, parecía que habíamos trabajado por años. Después de la extraña visita, Sol y yo nos dispusimos a visitar a un cliente importante. Salimos de la oficina, le abrí la puerta del carro, nos subimos y en un minuto íbamos en camino.

—¿Por qué tu automóvil no tiene espejo retrovisor? ¿No batallas al conducir así?

—No soy fanático de los espejos.

—¿Por qué cuando sales con Bere no le abres la puerta del coche como a mí?

—Ella es diferente, independiente, hiperactiva, un remolino, no sé realmente.

—Ella te quiere mucho, deberías tratarla mejor, es una mujercita, una dama también.

—Tienes razón, prometo tratarla mejor.

Por fin llegamos, resultaba incómoda tanta pregunta. Desafortunadamente no podíamos bajar del carro. Una persistente llovizna caía mientras el sol luchaba por brillar detrás de las nubes. Apagué el automóvil y prendí la radio. La suave tonada de Michael Bublé *Me And Mrs. Jones* comenzó a sonar, lo que, aunado al efecto de la lluvia en el exterior, propició el momento de exponer mis sentimientos.

Trataba de no verla a los ojos, si lo hago, siento al mundo dar vueltas.

—Estoy irremediabilmente enamorado de ti.

—No deberías estarlo, y sin embargo... Solo te pido que vayamos un paso a la vez, estoy muy oxidada en esto del amor.

—Créeme que yo también, un paso a la vez suena bien.

—Quiero que veas algo. Cierra los ojos y no los abras.

—¿Ver algo con los ojos cerrados?

—¡No los abras!

La melodía cambió y una suave música comenzó a escucharse en la radio, muy, muy suave, en un volumen quedo, melodía pausada, despacio, sin prisa, deliciosa. Sol comenzó a cantar en francés: *S.O.S d'un terrien en détresse* de Daniel Balavoine.

¿Pourquoi je vis, pourquoi, je meurs?

¿Pourquoi je ris, pourquoi je pleure?

Voici le S.O.S

Todo se oscureció cuando empezó a cantar con una voz increíblemente queda, hipnotizante, empecé a ver estrellas, exactamente como el cielo estrellado de una noche despejada en campo abierto. Enseguida sentí su caricia, el cielo estrellado se convirtió en una galaxia abrazándome (y abrasándome también). Estaba en otra dimensión, no recordaba siquiera de qué planeta provenía.

Repentinamente estaba en el funeral que la abuela nunca tuvo, todo era muy real, ella era la única familia que tenía. Comencé a llorar cuando bajaron el féretro en la fosa y empezaron a echar tierra. Me despedí de ella y los enterradores pronto acabaron y se fueron, lloré aún más.

Ya no tenía motivo para quedarme, sin embargo, sabía que era la última vez que la vería. Volteé a ver a mi alrededor, esperaba que alguien dijera algo. Deseaba escuchar que el mundo no había terminado, no había nadie... Me sentí derrumbar.

De repente, una pequeña niña apareció de la nada y me abrazó. No necesité más, ese abrazo era justo lo que necesitaba, un abrazo

sin explicación, sin titubeos, espontáneo, total. Sentí que de alguna manera las cosas iban a estar bien, el abrazo fue más fuerte y logró hacerme sentir lo contrario a la soledad. Abrí los ojos y en lugar de la niña, estaba Sol abrazándome. Las sensaciones no desaparecieron, ni cambiaron. Poco a poco Sol comenzó a soltarme.

—Un paso a la vez, ¿está bien? —preguntó mirándome tiernamente.

Acabando de decir esto, Sol me besó amorosa y después apasionadamente. Su beso me robó la mirada y el pensamiento.

¿Esto es enamorarse? ¿Todos sienten esto?

¿Sientes lo mismo cada vez que te abraza tu pareja?

BERE

A *l buey por los cuernos y al hombre por la palabra. Eso pienso hacer: agarrar al toro por los cuernos. Agárrate, querido diario, ahí vamos.*

Entré a su oficina, cerré con seguro la puerta y bajé la persiana de la ventana. Él me miró extrañado e intrigado.

—Si estuvieras a un minuto de morir, ¿a dónde viajaría tu último pensamiento? ¿De quién te despedirías? En tu último segundo de vida, ¿cuál sería el rostro en tu mente? ¿Qué harías si no volviéramos a vernos? Si perdiéramos nuestra belleza Sol y yo, ¿a quién seguirías queriendo? ¡Sin mí eres una tumba sin lápida!

Debía callarme, debía... seguir el plan: besarlo, pues las palabras jamás podrán explicar mi sentir. Caminé lentamente hacia él, fui acercándome y por fin lo besé, sin miedo, sin rodeos, sin pensar. ¡Un gran beso! Me separé lentamente, lo miré directo a sus divinos ojos, pero sin esperar contestación; salí de la oficina como si estuviera enojada, hablando sola para mayor dramatismo:

—Soy la única que te entiende, la única que te escucha, sin mí eres invisible.

Me encaminé a la salida y en segundos estaba fuera del edificio.

—¿Por qué no lo entiendes? —pensé en voz alta, triste.

Subí a la motocicleta y aceleré, voy tarde al gimnasio, las chicas ya se encuentran ahí. No podía hacer más, eso fue todo. Avancé calle a calle a gran velocidad, desconectada, pensando. Debo frenar

de golpe al ver la luz roja, la moto derrapa y por poco caigo, ando muy distraída. En veinte minutos llegué al Dojo. ¡Bajé de la motocicleta con el pie izquierdo! ¡Mal augurio! Caminé hasta el gimnasio y ahí estaba de nuevo, en la puerta, esperando como todas las noches, ese buen muchacho, desafortunadamente no estoy enamorada de él. Lo saludé rápidamente alegando que iba tarde a clase y entré con el pie derecho, ¡mucho mejor! La clase ya había comenzado, me incorporé y comencé a patear absorta en mis pensamientos.

—Un hechizo, le dio un brebaje, toloache tal vez... —pensaba en voz alta.

—No sabía que te interesaba la magia, amiga —dijo Christina, entre seria, sarcástica y preocupada, mientras daba una patada al aire, sin mirarme.

—No me interesa, solo pienso que el tarado de mi jefe fue hechizado y contrató una bruja. No hagas mucho caso, por ahora...

—Toloache lo que diste a tu admirador, se ve muy buen chavo, deberías darle una oportunidad. *Remember to be emotionally honest* —dijo Gris.

—Recuerda la cláusula de conferencia, mi pequeña mariposa, debes llamarnos y contarnos todo —se unió a la plática Anna.

—Lo prometo, Anna —contesté.

—¿Estás enamorada de él o lo amas? —preguntó Anna.

—¿Qué no es lo mismo? —preguntó Chris.

—«Enamorarse no es amar. Puede enamorarse uno y odiar». Fedor Dostoievski.

Esa Anna y sus frases célebres y sus orejas de marrano, en todo está. Aunque, como siempre, tiene razón: a veces lo odio.

Después de una hora de clase de artes marciales mixtas y diez minutos de patear el costal que cariñosamente bauticé con el nombre de Soledad, tomé un relajante baño de agua caliente. En-

trenamos muy duro, jamás seremos damitas indefensas. Seremos siempre invencibles.

Al salir de la regadera, me envuelvo en la toalla y camino hasta el casillero, permanezco unos segundos viendo la curvilínea figura en el espejo frente a los casilleros.

Saco el diario de la bolsa y comienzo a dibujar en él lo que veo.

Querido diario:

¿Cómo le explico a mi reflejo que no es lo suficientemente bello para conquistarle? Aunque, ¡espera! Tengo la sensación... sí, estoy segura, lo siento... en este momento él piensa en mí. Ya hice lo único que podía y debía hacer, por lo menos en cuanto a él se refiere; sigue ella y con Soledad no serán palabras y besos.

NIÑA EN LA VENTANA

Esta vez el funeral estaba muy lleno, es tan extraño que haya venido tanta gente a diferencia del anterior, en que nadie fue. ¡Ahora sí era culpable! Edna fue más ligera que la biblia. No entiendo por qué medio pueblo asistió al funeral. La dama harapienta sí entiende, lo veo en su expresión, es como si fuera una diosa, lo sabe todo, por lo menos eso parece, a lo mejor y no sabe nada.

Entiendo el temor a las brujas, Ma dice que Naica lleva siglos de avistamientos, de desapariciones. Esta pequeña ciudad lleva generaciones resguardándose al anochecer por temor a las brujas, aunque ahora veo confuso todo esto, incluso podría decirse que las brujas deberían correr a esconderse después de las diez.

—Vean el funeral, observen a todos. Toda la imagen está fuera de lugar, unos sonrían, otros callan, otros tienen la taza de café en la mano y no beben, nadie tiene un comportamiento natural. Observen. Este funeral está mal escenificado, parece la fila de un banco, no un funeral. Es como si quisieran hacer creer a... Alguien...

No puede ser... Yo mencioné lo del funeral vació la vez pasada, sin embargo, solo mis padres... No, definitivamente no lo hacen para que yo...

—Sí, parece que estuvieran custodiando el féretro —dice Pa—. Eres muy abusadilla.

—¿Para qué custodiar un ataúd vacío? No tiene sentido, algo están haciendo con los cuerpos —añadí.

—¿Cómo sabes lo del ataúd vacío, Sherlock? —pregunta Pa.

—Ya se lo expliqué a Ma, cuando cargan el ataúd... créeme ese ataúd no pesaba.

—Bueno, tal vez esa chica pesaba muy poco —dijo Má.

—Menos que una biblia —pensé.

¡Estamos en el siglo XXI! ¡Es ilegal! ¡Incivilizado! ¡Es una locura que se realicen estos juicios en esta época!

—Una pregunta, Ma, ¿conoces un árbol con las ramas tan largas y flexibles que llegan hasta el suelo?

—Un sauce llorón. ¿Cómo sabes que hay un árbol así?

—En un libro —mentí.

—La gente de antes ¡de mucho antes! decía que la madera del sauce tiene muchas propiedades mágicas, en toda Europa se usaba para hacer varitas mágicas.

—Y de ahí colgaban a las brujas —dijo Pa.

—Pensé que las quemaban con leña verde —dije.

—No, una bruja se cuelga, no se quema, mejor ya no preguntes más.

Tal vez ya no las cuelguen, sin embargo, desaparecen chicas, brujas o no, el problema es que ya no hay más jovencitas, solo yo. Afortunadamente nadie sabe que existo, así que se acabaron las excursiones nocturnas, y gracias a las diosas, porque si me descubrieran quién sabe qué pasaría.

NÚMERO 9

Los nombres no solo nos dan identidad, también nos definen. Son energía, poderosos mantras que nos dan poder, al menos eso dice mi asistente.

Bere, fiel secretaria, igual podría llamarse Brisa o Rocío, eso era: un tibio e interminable rocío que cubre a las personas que estima, protegiéndolas de manera casi imperceptible, aun para ellas. Puedo decir que esta mujer es mi ángel de la guarda. De tez morena y un bronceado natural, ojos cafés que se vuelven negros cuando se enoja, facciones exquisitas y afiladas, cuerpo atlético, un distinguido lunar bajo los labios y ninguna arruga en su cutis perfecto. Su aroma evocaba las playas de la Riviera Maya, su tierra de origen. Siempre vestía como si estuviera en la playa y jamás se veía mal o fuera de lugar.

Bere era el tipo de mujer con la cual no podías comentar: «Tengo sed», porque inmediatamente conseguía agua con hielo, fresca, tibia, de sabor e ideaba un plan para que en el futuro no padecieras nunca sed, todo esto sin descuidar un segundo su trabajo. Es una brisa morena que atiende, protege, cuida al mismo tiempo. Que regaña, corrige, guía. La combinación es única, una condena que te vuelve prisionero, dependiente de ella, una condena en una playa del Caribe. Realmente no sabía si me quería o me deseaba muerto. Sin embargo, el universo era un lugar más seguro con Bere en él.

Y estaba seguro de sus sentimientos por Sol: ¡la odiaba! Con esa pasión morena con la que hace todo.

Cosas de mujeres, creía erróneamente yo.

Bere no alucinaba del todo. Como amigo había volcado todos los esmeros posibles para Sol, la favorecía, prefería, ayudaba en todo lo que podía y, de alguna manera, lograba llenar de color su vida un día a la vez con sorpresas y momentos agradables. No resultaba difícil ser tierno, su carácter amable y sencillo, así como su dulce mirada, inspiraban los más románticos y perfectos detalles, pequeñeces intencionadas para enamorarla.

Estaba absoluta, inevitable e irremediablemente enamorado de ella. Así empezó una relación salida de la más cursi novela de amor.

¿Cuántas semanas llevábamos juntos? Parecía conocerla desde siempre.

Continuaban las visitas extrañas, llamadas inverosímiles, apagones frecuentes, curiosos observando desde los ventanales de los edificios vecinos. De cualquier forma, yo tenía la cabeza en otra dimensión. La lluvia había terminado, el momento romántico había acabado, de vuelta a la realidad, entramos a la empresa, tuvimos reuniones con los ejecutivos y media hora después habíamos acabado.

—Eres diferente —dijo Sol al salir de la empresa.

Reí por dentro, ¡que si soy diferente! Soy la cosa más rara en este planeta.

—Si decides estar conmigo, eliges estar con alguien raro... —dije.

—¿Y si tú eres normal y yo lo raro? —interrumpió—. La verdad espero que ambos seamos raros, lo normal permanece normal y lo raro se vuelve extraordinario. ¿Sabes qué tenemos en común?

Que somos diferentes.

—¿Uno del otro?

—Somos diferentes de todo el mundo —contestó.

—¿Raros? —pregunté con una sonrisa—. Es peligroso ser raro.

—¡Extraordinarios! El mundo es ordinario, aburrido, mediocre.

Este mundo es para humanos. Si fuéramos normales tendríamos una relación normal, ordinaria, con peleas, divorcios, rutina, aburrimiento, fastidio uno del otro. No somos normales, estábamos solos, rotos, incompletos, jamás pelearemos por estupideces como el dinero o por simplezas como celos, chismes o puntos de vista. Somos extraordinarios y viviremos una vida extraordinaria, tú y yo seremos dioses en este aburrido mundo y nunca, pero nunca, estaremos solos, nos tendremos el uno al otro siempre —concluyó.

—¡Demonios! Creo que sí eres más rara que yo —concluí.

SOL

Enamorarse de un desconocido es la única manera de encontrar el amor verdadero. «Primero éramos amigos y luego nos enamoramos», dicen algunos. ¡Ilusos! No es amor y fracasarán. Solo es posible enamorarse de un desconocido, créanlo, es una ley universal. Si no sentiste ese *click* en el corazón, si el mundo no se detuvo en el momento en que conociste a tu pareja actual, ¡corre! ¡Ahora! El amor de tu vida anda allá afuera.

Sé lo que estás pensando. ¿Qué quieres? Cada quien habla de acuerdo a como le fue en la feria. En mi caso, le aposté a un interesante desconocido. Tengo el corazón contento, ligero. Además, ¡tener trabajo es genial! La vida cambia, el mundo cambia con un sueldito.

—Eres diferente —le dije al llegar a la empresa.

¿Estoy enamorada de un desconocido? Es posible, ya no me siento incompleta. Es el Número 9, es diferente, es una bocanada de aire fresco no estar escuchando lo hermosa que soy. En lugar de belleza utiliza palabras como sensible, perceptiva, inteligente. Solo deseo estar junto a él, empalagosamente encima de él. ¿Por qué nos entendemos tan bien? Tal vez porque ambos somos diferentes.

—¡Sí! Soy diferente y si eliges estar conmigo, eliges lo diferente, lo raro y si eres normal, saldrás corriendo —dijo preocupado.

—¿Y si eres tú el normal y yo soy lo raro? —interrumpí—. La verdad espero ambos seamos raros —dije riendo—. Lo normal permanece normal, aburrido, y lo raro se vuelve extraordinario.

Los antiguos dioses creen que lo único maravilloso de los humanos es su diversidad.

—¿Dioses antiguos? —preguntó.

—Incluso nunca somos los mismos en dos instantes. Dentro de diez años serás otra persona diferente.

Los huecos comienzan a llenarse con trabajo, vida, amor, sueño, un sueño de amor. Es el número 9, el noveno intento. Soy optimista, es diferente, ¡se siente diferente! Tengo el corazón esperanzado.

Al prepararme para descender del automóvil, volteé a ver los asientos traseros para encontrar el bolso, y en eso lo vi... No podía ser.

—¿...Y este libro?

—Un libro es un espejo, si se asoma un mono...

—¿Cómo? —pregunté.

—No hagas caso, recordé una frase de Lichtenberg.

—¿Quién? —volví a preguntar.

—Olvidalo.

—Escucha, existen libros muy peligrosos —comencé.

—Un libro, ¿peligroso?

—Ciertos ejemplares no pueden ser abiertos con impunidad. En 1486, después de que el Papa Sixto IV declarara a Europa infestada de demonios y brujas, dos monjes dominicos que además eran prolíficos escritores: Kramer y Sprenger, escribieron *El Malleus maleficarum*, o en español *El martillo de las brujas*.

Esta plática sobre brujas empezaba a incomodarme, igual debo decirle lo peligroso de este libro.

—Este libro —continué— se convirtió en una guía para inquisidores de cómo asesinar y fue causante de dos siglos de asesinatos de miles de supuestas brujas. No tengo que decir lo que *Mi lucha* de Adolfo Hitler causó. Aparte de hacer millonario a Hitler para 1933, *Mi lucha* se convirtió en una semilla de odio y racismo que germina-

ba en todo el que lo leía. Miles murieron por ese libro, el cual no era físicamente diferente a otros: papel, pegamento y tinta.

¿Qué hace ese maldito libro aquí?

—La última vez que supe de este libro... fue usado en Salem como guía para enjuiciar brujas, este es un libro muy peligroso.

Entramos y salimos de la empresa, no recuerdo qué hicimos o dijimos, de pronto solo sentía que nos vigilaban, sin embargo, no logré ubicar a nadie sospechoso. Emprendimos el camino a casa pensando bien las cosas.

—Sigue derecho, te enseñaré un atajo.

A quién engaño, es demasiada casualidad, el libro y yo juntos, los tipos raros, creo que son... Sí, sí son ellos. Debo huir del estado, como hui de aquella aburrida ciudad, solo que ahora no huiré sola.

Llegamos a casa, no tardé mucho en despedirme de Número 9 y descender del automóvil. Él se despidió con un ademán y aceleró, al perderlo de vista, caminé pensativa hasta la puerta.

—¡Soledad! ¡Espera!

Alguien gritó mi nombre, siempre estoy alerta y en este momento andaba pensativa, es el problema de enamorarse. ¡Es Bere! Viene corriendo, alarmada. Siento el corazón agitarse.

—¡Ven! ¡Corre!

Corro a encontrarle.

—¿Qué pasa, Bere? ¿Qué haces aquí?

NÚMERO 9

Después de ir a la empresa dejé sana y salva a Sol en su casa, siempre la llevo antes del atardecer. El día terminó como cada día, con una imborrable sonrisa en mi rostro. Estar con Sol era mágico.

—Bésame y prometo...

Temía esas palabras, porque cumplía con exactitud sus promesas. Cada palabra la pronunciaba con una seguridad extraordinaria.

—Bésame y prometo hacerte volar. Bésame y prometo robarte el aliento...

Al llegar a casa, estacioné el auto en la cochera y apagué las luces. Había oscurecido y por un momento permanecí observando cómo la luna iluminaba la oscuridad del frente de la casa.

Desde el carro observé conscientemente todas las sombras, la del automóvil, la de los arbustos, la mía, la del buzón. Al descender del auto puse de nuevo atención a las sombras, ¿lucían diferentes? La luna alumbraba y las sombras...

—¡Basta! Alucinaciones —pensé—, ando cansado.

Caminé hasta la puerta, al intentar abrirla con la llave noté que estaba abierta. Mi imborrable sonrisa desapareció.

—¡Me han robado! —exclamé.

Después de cerciorarme de que el trébol estuviera sano y salvo, comencé a recorrer paso a paso y detenidamente las habitaciones; nada faltaba, el mismo caso de la oficina. Llegué al lugar donde se encontraba escondida la caja fuerte (el baño de la planta alta que jamás uso, no funcionaba, era una pantalla). Accioné la manivela del inodoro y este se movió automáticamente para dejar al descubierto la caja fuerte. Teclé la combinación: 666. No soy un loco satánico, solamente parecía divertido en el momento, no lograba

decidir qué clave poner y debía ser un número fácil de recordar. ¡Todo en orden! Dinero y documentos. ¿No andarán detrás de este libro? Dice Sol que es peligroso, un libro peligroso es un libro valioso. Después de recibir el libro de manos del tipo raro, comenzaron a suceder cosas extrañas. ¿Podría ser que anden tras el libro? Lo llevé a la biblioteca para examinarlo. Lo coloqué en el atril portalibros y comencé a revisarlo.

Las pastas de madera grabadas, el lomo de piel (humana, se rumoraba). Abrí con manos temblorosas el libro y pasé las primeras páginas. El papel anterior al siglo XVIII, el llamado pergamino, es más grueso que los papeles actuales, esto otorga solemnidad y respeto al momento de hojear un libro antiguo. Este tipo de papel y el olor a tinta antigua es un recordatorio de que no estás leyendo cualquier libro, más que un recordatorio es una advertencia. El libro estaba escrito en inglés antiguo, comenzaba con una frase:

Witchcraft here resemble witchcraft there.

No lograba entender su traducción, sin embargo, la segunda frase sí logré traducirla:

—No te afanes en buscar el trébol de cuatro hojas, porque su esplendor es pasajero —traduje y leí en voz alta.

¡Qué coincidencia! Esplendor pasajero... tampoco entiendo a qué se refiera.

Me llama más la atención que se hayan metido a robar, primero la oficina y ahora la casa, al parecer la mala suerte acecha. Empezaré a usar el regalo de Bere, la pata de conejo. Bere insistía en la pata de conejo en la luna nueva... Pronto será luna nueva, había olvidado toda esa locura de la abuela, el libro y la luna nueva.

Unas horas después, ya en la cama, empecé a sentir la pesadez de los párpados, ese instante cuando la realidad se va alejando y el sueño empieza a entrar, la campanilla comenzó a sonar.

BERE

Diario querido:

¿Cómo puede estar sin mí? Nuestras parejas nos definen. Él dice que los sueños nos definen, per no es cierto, a quien amas te define. Él lo sabe tan bien como yo: el mundo no se acabará por un virus letal, los humanos somos altamente autodestructivos, este mundo terminará en llamas por causa de un maldito loco. Y cuando el mundo esté en llamas, ¿a quién querrá a su lado?

Algo sí es seguro, los sueños de uno son las pesadillas de otros.

Sin mí, él es como una tumba sin lápida. Según él corre en un cementerio sin lápidas, bueno pues eso es, no posee nombre, no tiene padres ni hijos, no ha escrito un libro, ni plantado un árbol. Soy lo único que tiene, una tumba sin lápidas es no haber existido jamás, Soledad es igual a él. Si se unen, su relación será un barco abandonado en el desierto. Escribiré la última conversación que tuve con la Soledad:

—Disfrutas siendo el centro de atención siempre, ¿verdad, güera?

—Al contrario, si fuera invisible sería muy feliz.

—Pues... usar minifalda no ayuda a la invisibilidad.

—Tú llevas un short más pequeño que mi falda, ¿es para llamar la atención? Vistes como te sientes cómoda, ¿no? Disfruto la moda, las combinaciones, la estética, el resultado final. La verdad disfruto muchísimo la ropa, el maquillaje, es algo genial de esta época y es una forma de aceptar lo inevitable. Créeme, no importa cómo venga vestida, overol de mecánico o de monja, igual atraeré las miradas. Este mundo es... aburrido.

—¡Por Dios! Nunca había conocido a una mujer tan engréida.

—*La mujer se viste para sentirse bien con ella misma, no para llamar o no la atención —terminó.*

Aunque estoy de acuerdo en esto último no dije nada, resulta imposible hablar con ella, gracias a Dios es la hora de salida y tengo un plan.

Debo decir que mis corazonadas no solo resultaron correctas, sino que se quedaron cortas. Algo extraño pasaba aquí, el jefe y amor de mi vida se comportaba diferente a lo usual. Caras extrañas de repente observan la oficina, llamadas misteriosas... En fin, querido diario, no deseo aburrirte con tanta queja, tan solo resta decir que debo deshacerme rápido de Soledad, todo se volvió raro en cuanto ella llegó. Algo sucede.

Jamás temo si un ser amado está en peligro. Soy un huracán cinta negra, ¡en dos estilos de artes marciales diferentes! Soy veloz como un leopardo y fuerte como el viento huracanado.

Ya es la hora en que llegan, dejaré de escribir. Tengo media hora vigilando la casa de Sol, fue idea de Anna. Jamás la entenderé, todo es pecado según ella, pero recomienda que vigile a Soledad. Bueno, es la mujer más curiosa del planeta, querrá saber el chisme. De cualquier forma, es buena idea.

Hoy sabré qué hace en las noches esa güera desabrida una vez que el jefazo la deja. Tengo un presentimiento, solo necesité silenciar la mente y prestar atención, nunca fallan las corazonadas si las sabes interpretar. Tal vez descubra que es una bruja o, mejor aún, la descubra saliendo con otro hombre. Otro tarugo. Los hombres son unos tarados, ¡todos! Pero resulta que este tarado tiene dueña.

¡Es una suerte! La casa enfrente a la de Soledad se encuentra vacía, estoy sentada en los escalones de la entrada, cobijada por la oscuridad y puedo ver todo sin despertar sospechas, no puedo ser descubierta por esa desgraciada y dejar que vaya con el chisme. Detecto movimiento, tres siluetas han llegado, parecen hombres en falda. ¿Qué demo...? No, son túnicas negras y se metieron a la casa.

—¡Jovencita! ¿Qué hace en mi porche?

—Discúlpeme, señora, creí que la casa estaba abandonada.

—No ha contestado a la pregunta.

—Vigilo a la güera que vive enfrente de usted. La luna está muy brillante y su casa hace sombra...

—Esa mujer siempre me ha dado mala espina, espero y mi nieto se fije en una mujercita tan simpática como usted y no en una mujer como esa, siga usted vigilando. Usted me gusta, se ve que robaría la luna para estar a oscuras y robarse a su amado, permanezca el tiempo que necesite.

—Gracias, señora.

¡Qué mujer tan extraña! No creo en fantasmas, si no pensaría que acabo de ver a uno. Esos ojos grandes, fijos, cabellos morados, lunar en el centro de una amplia frente. Ella sí parecía una bruja, pero muerta, estaba demasiado pálida. De cualquier modo, no debo perder de vista el objetivo y acaba de llegar otra túnica negra y se parece muchísimo al tipo aquel...

NÚMERO 9

¿Cómo comienza una pesadilla?

¿Comienza siendo un hermoso sueño, un cuento de hadas? Un sueño es como una relación de pareja. Empieza siendo un cuento de hadas de Disney y, a veces, solo a veces, termina siendo una novela de Stephen King.

Lamentablemente y sin advertencia alguna todo este cuento de hadas se convirtió en pesadilla. El día que la percibí más bella, el día que su mirada perdida lucía más brillante. Ese día mi capacidad de asombro se fue al cielo al descubrir algo terrible: mis sentimientos por Bere.

¿Cómo sabes que estás enamorado?, pensaba y volvía a pensar, hasta que lo dije en voz alta inconscientemente y Bere escuchó.

—Cuando escuchas al viento hablándote al oído —contesté mi propia pregunta.

—Cuando empiezas a preguntar tonterías —respondió Bere con una mueca que pondría al comer mariscos podridos.

Sonreí.

—Si necesita algo estaré en el baño, ¡vomitando! ¡Por Dios! —terminó Bere, en verdad fastidiada.

Más tarde, Bere entró a la oficina, cerró la puerta y aparentemente harta de mi indiferencia, se enojó y comenzó a ordenarme.

—¡Cierra los ojos!

—¿Para qué? O ¿por...?

—Que cierres los malditos ojos. ¡Aaaash! Hiciste que maldijera. ¡Ciérralos! Estás recostado, no importa por qué, pero estás a un minuto de morir, es inevitable. ¿Lo sientes? Es tu último minuto. ¿Cuál será tu último pensamiento? ¿De quién te despedirías mentalmente, espiritualmente? ¿En tu último segundo de vida, cuál sería el rostro en tu mente?

—¡Su rostro, veo su rostro, pensaría en Bere! —pensé.

—Ahora imagina al mundo en llamas y a Bere, a mí, muriendo. ¿Qué harías si no volviéramos a vernos jamás?

—El dolor sería insoportable —pensé.

—Ahora imagina a Soledad muriendo al mismo tiempo que yo. ¿Quién duele más?

¡Demonios, el dolor por Bere permanecería y opacaría la muerte de Sol!

El tutearme ya en sí era una sacudida. Siempre me hablaba de usted.

—¿Si perdiéramos nuestra belleza Sol y yo, a quién seguirías queriendo? Abre los ojos.

La tenía enfrente de mí, viéndome directamente a los ojos. Era como si la viera por primera vez, como si en verdad hubiera muerto y volviera.

—¡Sin mí eres una tumba sin lápida!

Esta vez no era un huracán, su voz era como el arrullo de un mar en calma. Una vez dicho esto, caminó acercándose lentamente hasta estar cara a cara y me besó.

Un sentimiento nuevo me invadió, diferente, sencillo, claro, fácil de entender. No era magia, tan solo era... bonito... un día en la playa. Los besos de Sol eran impresionantes, mágicos, el beso de Bere era algo sencillo y tierno. El último recuerdo al morir será este beso.

No volvió a mirarme o hablar, el beso lo había dicho todo. Un

segundo después salió enojadísima de la oficina, la seguí con la mirada, jamás la había percibido tan atractiva como en ese instante. Quedé en *shock*, la respuesta a su pregunta era clara en mi mente: pensaría en ella, si fuera a morir, la persona de la cual me despediría sería Bere. En ese momento fui consciente de ello, disfruto salir con Sol, si y solo si Bere es parte de mi vida; si no está Bere, no disfruto de nada, es confuso. Daba por sentado que siempre estaba conmigo, sin embargo, si no estuviera... Tengo miedo de perderle, miedo de no verla más. ¿Miedo? ¡Terror!

¿Por qué? ¿Qué me pasa? Claro que quiero muchísimo a Bere, pero estoy enamorado de Sol, ¿o no? Había confundido enamoramiento con... ¿con qué? Sentí una inmensa confusión y deseo correr tras de Bere. Ver su cara, definir lo que estaba sintiendo. Siempre ha estado junto a mí, ¿por qué apenas hoy siento este deseo abrumador por abrazarla y decirle lo mucho que la quiero?

¿Qué diablos pasaba?

Cuando estoy con Sol soy un sol, amo la persona que soy cuando estoy con ella y odio la persona que permanece cuando ella se aleja. Disfruto cada segundo con Bere. Incluso estando con Sol, añoro a Bere... Sol es perfecta y yo me vuelvo perfecto. Con Bere, al contrario, soy un tarado, mediocre... soy yo mismo. Ese beso lo dijo todo, soy un tarado y aun así me ama. No sé qué pensar, o qué sentir.

¿Es posible tener tanta confusión de pensamientos? ¿Es posible tener confusión en los sentimientos? Sol no había llegado y estaba confundido. Estaba indeciso, opté por no ver a ninguna de las dos y salí de la empresa. Ya en la calle, en camino, la noche comenzó a descender con una sonrisa. Mi deseo más anhelado era ella, ¿o no? Una sonrisa burlona se dibujaba en la noche. ¿Por qué no podía borrar a Bere de la mente?

—¿De qué diablos te ríes? —le grité a la noche.

Al descender del auto sentí que la luna se carcajeaba, volteé enojado a mirarla y estaba a punto de gritarle también.

—Debo estar volviéndome loco —murmuré.

Entré a la casa y seguí dándole vueltas al problema:

Sol y Bere... Una iluminaba mi vida, brillaba junto a ella, adoraba la persona que llegaba a ser al estar con ella, la mejor versión de mí. La segunda sacaba la peor versión de mí, aun así, cada momento con Bere era especial, platicar, trabajar, discutir, lo cotidiano resultaba delicioso, sencillo. Bere era alguien con quien envejecer.

Tomé el pijama, dispuse todo como era rutina para dormir y, como era rutina también, tomé la pequeña regadera para regar el trébol. Dudé un segundo antes de hacerlo. ¡Había sido mi deseo! ¿Qué salió mal?

Dormiré y, como dicen, consultaré con la almohada.

BERE

Diario:

¿Cómo es posible que quieras perderme? Cuando el mundo esté en llamas, ¿quién más correrá a salvarte?

Desde niña he seguido siempre las corazonadas, el instinto, las señales que manda el universo. Nunca dudo en seguir un presentimiento y a raíz de la llegada de Soledad he percibido una energía o vibra preocupante. ¡Güera desgraciada! Y mi amor es un sonso, pero es mi sonso y nadie le hará daño.

Ayer, Sol y yo tuvimos otra discusión:

—No me gusta tu relación con...

—Eres una chica muy bella, Bere, con un físico imponente, obviamente resultado de disciplina y trabajo duro. Por supuesto que tener la piel oscura ayuda mucho, siempre mantienes tus cejas perfectamente depiladas y ojos bien delineados. En fin, te esfuerzas en ser bella, con bastante éxito debo añadir, tienes la belleza del mar —dijo Sol.

—¡Claro! Cuidarse es natural a toda mujer —contesté.

—En mi caso es diferente —concluyó cabizbaja.

Desgraciadamente así es, tampoco me engaño; Soledad no se esfuerza por ser sexy, simplemente lo es. Se mueve siempre de forma natural y despreocupada y aun así sus movimientos siempre son sensuales. ¡Cómo la odio!

—La verdadera belleza no es exterior —le contesté enojada.

—¡Lo sé! Siempre das lo mejor de ti, cuidas a las personas que amas como una tigresa a sus cachorros. ¡Eres una gran mujer! —terminó y se fue.

¡Ay, cómo la odio! Ojalá me hubiera insultado, así podría...

En fin, aquí estoy esperando que algo sospechoso pase en su casa, todo luce en calma, tal vez estoy haciendo una estupidez, ¿qué tal que solo es una fodonga que llega y se duerme y aquí haré vela toda la maldita noche?

—¡Maldita! —grité cerrando el diario de golpe.

¡Ay, no! No debo maldecir, cada vez que maldices en voz alta un demonio voltea a verte, bueno eso dice Anna, y más vale, no vaya a ser cierto.

Aún están los tipos entunicados dentro, o por lo menos no los he visto salir, y no llega Soledad. ¿Será la güera patas de pollo parte de un culto raro? Debe haber diez personas dentro de su casa, incluyendo el parecido al tipo raro de la oficina. La están esperando, imagino, pero...

Suena el teléfono y llega un mensaje de Gris, el cual no abrí.

Enseguida entra la llamada de ella.

—Hola, Gris, ¿qué pasa?

NIÑA EN LA VENTANA

No soy como las demás niñas de mi edad, soy diferente, soy rara. Tengo el corazón joven y el alma vieja, ¡mentalmente tengo treinta años! Y entiendo lo que pasa en este aburrido lugar, porque sigue siendo aburrido, aun y cuando mi vida peligra, aun y cuando la dama harapienta me intriga mucho, este es el lugar más aburrido del planeta. Bueno, no conozco otro lugar, igual sí debe ser.

—Pa, Ma, ¿cuántas generaciones tiene nuestra familia en esta ciudad?

—Desde su fundación, desde la colonia española. Dicen que aquí era un antiguo cementerio apache; los españoles, nuestros ancestros, llegaron y retiraron las piedras que marcaban las tumbas y se establecieron, para ellos solo eran rocas, pero al parecer era un muy, muy antiguo panteón. Los apaches creían que los dioses y demás seres divinos venían a este lugar a morir. Creían en cristales gigantes y mágicos llegados del espacio millones de años atrás que otorgaban poder a los que nacían aquí.

—¿Y es verdad? —pregunté.

—Tan real como Santa Claus y La Llorona. No hagas mucho caso, pueblo chico, infierno grande, aquí abundan los chismes y supersticiones —concluyó Ma.

¿Supersticiones? No estoy segura, veo cosas que nadie ve, la dama harapienta luce vieja, sucia, andrajosa, nunca la veo comer,

nunca abandona su lugarcito. Sin embargo, en realidad es joven, sus movimientos son certeros, elásticos, tan solo fingidamente lentos. Ella se mantiene limpia, a su alrededor no hay moscas, sudor o manchas, ningún pueblerino se ha quejado de su olor, nadie le lleva comida, ¿cómo sobrevive? Jamás muestra señales de debilidad, jamás se enferma. Nunca baja la mirada, nunca denota miedo, vergüenza o preocupación. Aun así, parece de otra época. Si existen los dioses, deben ser parecidos a ella.

Faltan pocos minutos para las diez de la noche. Otra vez los notables pasando, otra vez hay juicio, aunque, según yo, ya no quedan jovencitas. ¡Estoy segura! Tendré que escaparme una última vez. La luna llena ilumina inconvenientemente la noche, con mucho mayor cuidado abrí la ventana. ¡Madre mía! Luna llena, ellos se reúnen en luna nueva. ¿Cambio en la rutina? Trepé a la azotea y recorrí el techo, esta vez acompañada: la luz de la luna proyectaba la sombra de un árbol sobre el tejado. Debía perderla y así fue, al brincar al tejado del vecino no pudo hacer lo mismo, quedándose atrás. Recorrí rápidamente el techo, descendí por el porche y corrí evadiendo la luz de la luna, rodeé el edificio y llegué a la entrada del cementerio. Una nube ocultó la luna y aproveché para entrar al panteón; dicen mis padres que las sombras suelen ser indiscretas y siempre murmuran, debía tener cuidado.

El cementerio estaba vacío, ni un alma, ¡ya decía yo! Ya no hay más jovencitas que juzgar. Aproveché para recorrer el cementerio ahora que no había luna, la oscuridad era absoluta y sentía seguridad, nadie podría descubrirme. Disfrutaba del aire libre, del viento fresco de octubre, una niebla baja cubría las cruces y el suelo; cerré los ojos un instante, tenía el corazón contento. Poco duró la sensación. Comencé a escuchar esas voces de las que hablaba Ma, un susurro, un murmullo.

—Ven a jugar con nosotros, mientras el lobo no está.

Abrí los ojos y no había nadie, solo oscuridad. Volví a cerrar los ojos, escuchando con mucha atención. De repente sentí el resplandor de la luna en los párpados, sabía que pronto saldrían las sombras, para empeorar las cosas sentí el resplandor de llamas. Abrí los ojos lentamente y brinqué de un sobresalto al ver alrededor de mí a todo el terrible tribunal, todos mirándome inquisitivamente. Sánatos se encontraba enfrente de mí y tenía un gesto de satisfacción, sin embargo, lo más aterrador fue cuando la luz de la luna me iluminó, las llamas de la hoguera también me iluminaban, por más que busqué y busqué... no encontré mi sombra.

NÚMERO 9

Desperté esa mañana de viernes desorientado, con dolor de cabeza y con la sensación de que aún estaba en la pesadilla.

¿Es posible despertar dentro de una pesadilla?

El sonido de la campanilla no desaparece de la mente. Desayuné, tomé una ducha y me vestí con la sensación de seguir en el sueño, creo haber escuchado más de una campanilla, parecieran dos, pero ¿qué pasaba en el sueño? ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía?

Salí disparado de la casa con rumbo a la oficina. Al llegar a la oficina, no encontré a Bere, arranqué la hoja del calendario, dejando al descubierto el día actual.

—¡Viernes 13! —clamé.

Sabía que Bere acudiría a leer toda la carta astral y cosas zodiacales. Esperé y esperé, era inútil, Bere no se había presentado a trabajar. Algunas personas toman un café en las mañanas para despertar o para darse ánimos al empezar un arduo día de trabajo, en mi caso recargaba pila con solo oír su voz. Hoy no escuchaba el «Buenos días, jefe», que era como el arrullo de un mar en calma al estresarme por los mil pendientes y problemas a resolver en el día. Todos los viernes 13 Bere colocaba una herradura en la puerta principal, este sería el primero sin herradura.

—Siempre recuerde —decía Bere— el talismán más poderoso siempre será un beso... el beso de la mujer que te ama.

Podía sobrevivir la ausencia de Bere, sin embargo, había descubierto que Sol no fue a trabajar tampoco. Inmediatamente intenté llamarla, pero su teléfono sonaba siempre ocupado. De igual manera intenté contactar a Bere: la misma respuesta. Estaba desesperado, preocupado y tenía un mal presentimiento. Bere siempre dice que siga los presentimientos.

Las dos me preocupan, ¿a cuál de las dos debo buscar?

Bere: no sé por dónde empezar; Sol: sé dónde vive. Subí al automóvil y manejé hasta la casa donde vivía Sol. Iba a buscar a Sol, sin embargo, esperaba encontrar a Bere, es un sentimiento confuso. Extraño la risa de Sol, soy feliz al escucharla reír, sin embargo, amo los regañones y consejos cargados de Bere. Siempre lo he sentido, ¿por qué hasta ahora...? Y también ¿por qué hasta ahora ella lo externa? No sé cómo explicarlo. Sol es día soleado, Bere es noche bajo las estrellas. Sol es magia, hechiza, hipnotiza, Bere... es como el amor de un volcán, siempre esperando la erupción que tal vez jamás llegue, al mismo tiempo es como el amor de un perrito, incondicional, bonito, puro. Sol es perfecta, sin defectos, Bere es... ¡demonios! Las dos son grandes mujeres, sin embargo y definitivamente solo puede haber una mujer en mi vida.

¿Alguna vez has sentido que te observan, giras a ver quién lo hace y un desconocido te mira insistentemente, tanto que volteas a otro lado obligado por la insistencia de su mirada? En el trayecto de mi casa a la de Sol, sucedió que cada cuadra alguien me observaba de ese modo, sucedió unas cinco o seis veces por lo menos. El primer mirón estaba en la acera de enfrente y no apartó su mirada hasta que di la vuelta en la esquina. Después, unas cuadras más adelante, sucedió lo mismo con una señora joven paseando un perro. Un semáforo más delante, observé a una adolescente clavando sus penetrantes ojos en mí y varias personas más observaban, hasta que llegué al domicilio donde vivía Sol.

Todos tenían una expresión similar en su rostro: el ceño fruncido, como enojados, pero tranquilos y sonrientes, no apartaban su mirada ni un segundo. Dejando de lado el hecho de ser observado, ninguno se veía fuera de lugar o en actitud sospechosa. Tenía una sensación extraña de paranoia, un sentimiento nuevo, supuestamente soy invisible.

Llegué a la casa donde alguna vez llevé o recogí a Sol. Era una vivienda pequeña de una planta, color amarillo y descuidada. Llamé al timbre y casi inmediatamente abrió la puerta una mujer en atuendo para dormir: blusa de tirantes y short. De cabello oscuro, piel muy blanca, un impresionante y detallado tatuaje de una luna menguante cubierta por nubes y ojos azules, el mismo tono, el mismo azul en los ojos de Sol. Era difícil apartar la mirada de los ojos de aquella mujer, al igual que pasaba con Sol.

—Soy... —intenté decir mi nombre cuando ella interrumpió.

—El número 9. —Al contestar la mujer, percibí menos luz. Inconscientemente sabía que el cielo empezaba a nublarse.

—¿Perdón? —contesté con una pregunta.

—Sí, hombre —contestó con fastidio mientras se nublaba aún más—. Sol jamás llama a un novio por su nombre, les pone número. Decía que era más fácil olvidar un número que un nombre.

—¿Olvidar? —pregunté.

—Así decía —contestó con un gesto de enfado, como si hablara con un retrasado mental.

Parecía enojarse cada vez más, y creí ver cómo sus ojos se volvían más claros cada vez. Desvié la mirada a su tatuaje y ella, al ver que lo observaba, murmuró:

—*Aeterna ut luna*, eterna como la luna. Sin embargo, las nubes desaparecen al sol y a la luna, nada es más poderoso que la lluvia. Por cierto, ese es mi nombre.

Sacó una carta del bolsillo de su short y estiró la mano.

—Dejó esto para ti.

Enseguida, con ojos ahora de un azul tan claro como agua cristalina, miró con profundo odio antes de cerrar la puerta prácticamente en mis narices. Al mismo tiempo caía un rayo a escasos metros de mí.

Permanecí desconcertado un segundo. Había oscurecido tanto que parecía de noche, el cielo permanecía completamente cerrado. Negros nubarrones cubrían el sol, rápidamente abrí la carta y empecé a leer con el corazón latiendo a mil por hora:

Calle Blas Cano de los Ríos 1313

El cielo se nubla cuando, cerca de mí, tú no puedes estar.

Lleva el libro: A tryal of witches at the Assizes.

Poco a poco el cielo parecía despejarse, la letra parecía ser la de Sol, pero yo sabía que no era así. De cualquier forma, esta carta era la única pista que tenía para encontrar a Sol. Mentalmente repasaba la plática con la extraña amiga mientras abordaba el coche. Su enojo parecía sincronizarse con el clima.

—¡Alucinaciones! ¿Cómo se llamaba la amiga de Sol? —empecé a hablar solo al encender el coche—. ¡Lluvia! —escuché una voz en la mente mientras aceleraba.

Utilizando el GPS llegué a la dirección sin necesidad de pensar en otra cosa fuera del número 9.

—Son muchos —pensé en voz alta, celoso.

Iba demasiado distraído, tanto que no pude notar que dos extraños miraban y vigilaban mi andar, sin embargo, inconscientemente lo percibí. Deseaba ver a Sol, sin embargo, deseaba contarle a Bere todo lo que estaba pasando y deseaba oír su voz, aunque no podía borrar de la mente el intenso azul de los ojos de Sol. Sí, creo que eso es, ¡estoy loco!

Al llegar a la dirección que marcaba el GPS, logré fijar la atención en donde estaba. La colonia San Felipe fue en los años ochenta un fraccionamiento elegante, donde vivían personas de clase media alta; en la actualidad es un lugar céntrico con más oficinas que hogares.

La casa parecía no haber recibido atención o mantenimiento justamente desde los años ochenta. Toqué dos veces, sin ningún resultado. Miré el reloj y eran las cinco de la tarde en punto, toqué de nuevo y la puerta abrió. Una melodía salió a recibirme: *Corre, corre* del grupo *Flans*, canción que fue un éxito en la década ochentera. Enseguida se escuchó una voz:

—Pasa, por favor, número 9. No he cruzado esa puerta desde 1989, ni siquiera he echado un vistazo por la ventana, así que debes pasar, soy Luna. No importa lo que diga Lluvia, nada detiene el poder de la luna, podrá no verse por una débil nube, no obstante, las mareas no dejan de formarse en un día nublado, ni la magia desaparece al ocultarse la luna.

Entrar a la casa fue como viajar al pasado: televisión de bulbos, un videojuego marca Atari con el casete del legendario *Pacman*, un tocadiscos que ambientaba con las melodías de *Flans*, una nueva melodía comenzó a escucharse:

Alma gemela
¿dónde estás?
Te siento cerca,
cada vez más.
Te buscaré
hasta encontrarte
porque sé
sé que tú también estás buscándome.

Un antiguo y colorido tapiz cubría las paredes y una gastada alfombra recubría la totalidad de la casa. Las paredes estaban llenas

de relojes antiguos en excelentes condiciones, como recién salidos de la tienda. En la sala, una mujer vestida ajena a la moda actual sonreía mientras levantaba la aguja del tocadiscos, la música cesó; sus ropas correspondían a patrones de cuarenta años atrás, lo que sumado a su juventud le daba un aire muy interesante. Su peinado, ese inmenso fleco, su maquillaje, todo en ella daba un aspecto de haberse detenido en el tiempo.

—Sentémonos en la cocina.

Obedecí y ocupé una silla en la mesa, voltee a verla, ¡otra vez los mismos ojos azules! Ligeramente rasgados, con un aire oriental. En el cuello sobresalía un hermoso e intrincado tatuaje en el cual predominaba un reloj de arena, la palabra «Cronos» y otros elementos relacionados al tiempo.

—Nadie del futuro había entrado a esta casa. Mejor dicho, el futuro no entra en esta casa. ¿O es que soy yo del pasado? Tu presente es futuro en esta casa... No lo entenderías, *aeterna ut tempus*, eterna como el tiempo.

En la mesa había una bolsa con pan Victoria, ¡era imposible! Hacía cuatro décadas que desapareció la empresa, aun así, la bolsa era nueva y el pan lucía fresco.

—Dice que nadie había entrado aquí, ¿por qué recibió a un extraño ahora?

—¡No eres un extraño, eres el número 9! Casi somos familia —empezó a tartamudear o desvariar o no sé qué—. ¿Sabías que el número 9 es homófono? En Japón tiene el mismo sonido de la palabra «tortura». En los hospitales japoneses es común que no aparezca en ninguna parte para no atraer la mala suerte, como en occidente el número 13.

—Supersticiones.

—Así es, sin embargo, hay una razón por la cual existen todas y cada una de las supersticiones.

Intempestivamente sonó el teléfono, un viejo aparato de disco, de aquellos que para marcar era necesario mover el extraño disco lleno de números, uno por uno, esperando que regresara cada vez a su posición original para marcar el siguiente. Ignoró la llamada y pregunté:

—¿Por qué nunca sale?

—No es tiempo de salir. También encontré un trébol de cuatro hojas en 1985, los que tropezamos con un trébol de cuatro hojas nunca pedimos dinero, fama o poder: deseamos encontrar a alguien a quien amar. La persona que busco, la persona que amo está en 1985, debo esperarlo en este año.

Mi consejo para ti es lo opuesto: no esperes encontrarte con ella, huye lejos de esta ciudad, entrégame el libro, vete a otro país, no te dejarán en paz hasta que ocupes el lugar de tu abuela.

—No traigo el libro —contesté. La verdad, ni siquiera había recordado que existía.

—Odio cuando me hacen perder el tiempo. —El enojo asomó un instante en la cara de la mujer.

El ambiente cambió de manera extraña y por un momento sentí confusión al ver mis brazos cruzados, según yo los tenía abiertos. Estábamos en la sala... ¿Cuándo salimos de la cocina? Miré la hora en el celular, para sugerirle que tenía prisa, el teléfono no recibía señal telefónica ni de internet, estaba completamente fuera de servicio.

—Ja ja ja, aún no existe el internet, ni la señal satelital, ni la televisión *high definition*, ni el GPS. De cualquier forma, no te preocupes, sobreviviremos sin todo eso. El hombre fue y vino de la luna sin celulares, estaremos bien.

En ese momento sonaron la mitad de los relojes antiguos al mismo tiempo, marcando las doce del día. Sin embargo, así como todos iniciaron juntos, se detuvieron unos segundos después al avanzar los segunderos sincronizados en contra de las manecillas del reloj.

—*Tempus fugit*—leí en voz alta la frase predominante en algunos relojes—, el tiempo vuela.

La mujer se carcajeó.

—Significa «el tiempo se escapa», no es el caso en esta casa —concluyó orgullosa.

—Solo deseo encontrar a Sol, ¿sabes dónde puedo encontrarla?

—*Tempus fugit, amor manet*: el tiempo escapa, pero el amor permanece —señaló un reloj mientras leía la frase que contenía—. Parece que no importa cuánto tiempo perdamos, al igual que el tiempo, no escucharás razones, aun así, te diré que encontrarás lo que buscas en el lugar que encontraste el trébol, exactamente a la media noche de hoy, ¿sabes que *meridianus* significa mediodía? ¿Sabes cómo se dice media noche?

—Estaré puntual, ni un segundo antes ni un segundo después.

—No te preocupes, la media noche te estará esperando paciente... Esta vez lleva el libro —concluyó con una mirada casi maternal. No parecía tener más de veinte años, sin embargo, hablaba como si tuviera cincuenta. La verdad no sentía mucha honestidad en lo que decía.

—El olor de su casa resulta familiar, pero distinto.

—Nadie lo nota, es extraño que tú sí. El aire de 1985 no huele igual al del año 2021, los aparatos, la comida, los automóviles, artículos de limpieza, todo ha cambiado en los casi cuarenta años y el olor también ha cambiado. El sol brilla diferente, hasta la tierra que pisas ha envejecido. Estoy impresionada, nadie en este planeta había notado el cambio.

La aguja terminó de recorrer el disco de acetato y automáticamente regresó a su lugar.

¿No había levantado, ella, la aguja antes?

La extraña encendió la televisión moviendo de izquierda a de-

recha un botón, enseguida giró otra perilla, recorriendo canal por canal. Quedé en el mayor de los asombros al ver cómo sintonizaba en el antiguo aparato comerciales transmitidos en los ochenta:

♪ *Si necesita un servicio bancario* ♪ ♪

♪ *Venga a ver a Serfin* ♪

Observé arriba del televisor, que era un inmenso mueble de madera, una videocasetera que claramente estaba apagada. Arriba de la televisión, unas antenas de conejo.

—¡Recuerda! ¡El libro! *Tempus neminem manet*, el tiempo no espera por nadie.

Luna se acomodó frente al televisor ignorándome completamente.

Sony Beta Max con la garantía total de...

Agradecí y despedí. Al dirigirme a la salida, levanté la mano para girar la perilla de la puerta principal y noté que mi mano estaba un poco más robusta y pequeña, pero lo más impactante fue ver una horrible alergia que padecí en la mano derecha en la niñez. Al mirar el reloj descubrí que eran las cinco de la tarde en punto. ¡Imposible! Fácilmente duré media hora en aquel extraño lugar.

Salí de la casa impregnado de un leve olor a viejo, cerré la puerta y caminé unos pasos. Volví a mirar mi mano y estaba normal, sin alergias y ¡sin reloj! No uso reloj por tener el reloj del teléfono, en los ochenta habría usado reloj, mas era un bebé entonces. Subí al automóvil y, si bien acababa de presenciar una situación bastante extraña, no le dediqué ni un segundo de razonamiento, solo quería llegar con Sol. Faltaban doce horas para la media noche, o eso creía, estaba muy confundido con la hora, debía regresar a la casa y recoger el libro, que al parecer era la única forma de encontrarla.

BERE

¿Cómo te es posible ignorarme?

¡Sin mí eres un maldito barco en el desierto! ¡Ay, no! No debo maldecir, discúlpame, querido diario. Detrás de su indiferencia hay amor, no es consciente de ello, pero así es.

Christina, Anna, Gris y yo somos amigas inseparables desde la primaria. La vida sin un grupo de amigas entrañables debe ser terrible, llena de soledad. Somos cuatro y confiamos ciegamente una en otra. Nos contamos todo, nos ayudamos en todo y nos la parrandeamos siempre que podemos. Deseo llamarles y exponerles mis sospechas. Él siempre se queja de estar solo; el poder hablar a las chicas y contarles todo, eso es lo contrario a estar solo, y él podría hablarme siempre, si abriera los ojos...

Bueno, dejaré de escribir, está marcando Gris.

—*Hello?* —contestó por adelantado Gris.

—*Hello* para ti también. Sigo en casa de la güera, vigilando, si es una bruja lo descubriré hoy mismo.

—*Damn it!*, Bere, igual te voy adelantando lo que pienso, ¿va?

—¿Acabas de maldecir?

—En inglés no cuenta, mira, en este mundo de ciencia y tecnología, no existe la magia. Si no lo puedes convertir en ecuación no existe —empezó Gris—. ¿No será que estás exagerando y solo te estén bajando al novio? ¿Una chava más guapa que tú?

—¿Qué dem...? ¿Cómo te atr...? ¡Espera! Está marcando Anna, déjame la uno a la conversación.

—¿Qué pasa? ¿De qué hablan, mariposas?

—El eterno enamorado de Bere contrató una bruja y resulta que está saliendo con ella.

—Lo tiene hechizado, además ustedes saben que la escalera de mi casa es madera y hoy escuché crujir la madera.

—Decía Henry James: *Con su presencia borraba cuanto le rodeaba.* ¿No será y esa rubia tiene esa cualidad y borra con su presencia hasta tu gran belleza? —dijo Anna.

—¿Qué? ¿Tú también? ¡Maldición! ¡Ay! ¿Por qué no puedo dejar de maldecir?

—*¡Ah, espléndida y, sin embargo, fantástica belleza! ¡Oh, sílfide entre los arbustos de Arnheim! ¡Oh, náyade entre sus fuentes! Y entonces, entonces todo es misterio y terror, y una historia que no debe ser relatada.*

—¡Ay, Anna! Tú y tus frases. ¿Y ahora qué libro nos estas citando? —preguntó Chris.

—Hola, Chris, no me di cuenta cuando te enlazaste —dijo Gris.

—Anna me unió, ya ves que en cuestión de chismes...

—Es un fragmento de Berenice de Edgar Allan Poe y...

—¿Hay un libro de terror? ¿Con mi nombre? ¡Esperen! No les he contado lo peor, la güera pertenece a un tipo de culto, hay una docena de personas en túnicas negras en su casa... esperando... en la oscuridad... escondidos. ¡Maldición!

— ¡Tienes que advertirle, mensa!

—¡Llama a la pol...

—¡Ya llegaron! Les hablo luego.

—Pero...

Ya se está retirando el tarado de mi jefe... Uno de los entunicados se asoma por la ventana... ¡No puede ser! ¿Qué estaba pensando?, ¿hombres en túnica esperando a una mujer? Algo malo trama. Soledad camina a la casa, debo interceptarla.

—¡Soledad! ¡Espera!

Sí escuchó.

Gracias a Dios, hace caso y viene. Anna está marcando. Le marcaré en un momento.

—¿Qué pasa, Bere? ¿Qué haces aquí?

—Debemos irnos de aquí, hay tipos raros, vestidos como culto satánico esperándote en la casa.

—¿En túnicas negras?

—Sí, tengo la motocicleta a la vuelta, vamos por ella.

Corrimos hacia la moto, siempre volteando atrás, no había señales de ellos. En el momento de arrancar los teníamos enfrente de nosotras, dimos media vuelta patinado llanta y escapamos. Después de diez minutos, siguiendo las indicaciones de Soledad, llegamos al parque Revolución. Descendimos de la moto. El parque no es muy grande, estaba oscuro, aluzado por pocas luminarias, la penumbra y lo desértico le daban un toque lúgubre. Caminamos al interior del parque pasando por debajo de una luminaria.

—¿A dónde diablos vamos, güera?

No debo decir «diablos» en un panteón, aquí era panteón.

—A buscar ayuda.

Estamos solas, desarmadas, una fuerte corazonada y el sentido común gritan: «Da media vuelta y huye», desafortunadamente soy muy testaruda... ¿Qué diablos? Esa sombra... hay una sombra siguiéndonos, qué demonios, ¡oh, que la...! No debo decir esas palabras.

Soledad no hablaba más y yo la seguía, aunque no lo deseaba; entramos al único monumento sobreviviente de cuando este parque era panteón: la cripta de Pancho Villa, que es la estructura predominante en el parque. Único y último vestigio del panteón que alguna vez ensombreció este lugar. Contemplé el mausoleo construido en cantera rosa, estilo neoclásico con detalles neogóticos, eso lo sé por Anna, quien no puede evitar darnos una cátedra cada vez que tiene

oportunidad. Miré el parque que lo albergaba, imaginando cómo luciría cuando era cementerio.

—Estoy segura de que debe ser de mala suerte...

Demasiado tarde, Sol ya estaba dentro y la seguí. No había nadie ni nada en su interior. El mausoleo era una simple habitación vacía como imaginé, fue construido con una cripta subterránea y la capilla superior sobre ella, además, es muy sabido que el cuerpo de Pancho Villa nunca fue traído.

Era una tristeza que esta cripta con tanta importancia histórica se usara actualmente como clóset, como cuarto de herramientas y utensilios de limpieza, solo permanecía un altar de piedra blanca, como el de las iglesias, pero más pequeño. Después de cientos de películas de misterio, imaginé que abriría un pasaje secreto. Dicho y hecho: Soledad abrió una pequeña puerta donde se guardaría el vino y las hostias, introdujo la mano y una loseta de cantera se deslizó lentamente para dar entrada a un oscuro túnel. Una escalera de piedra descendía hasta perderse en la oscuridad, bajamos peldaño a peldaño hasta llegar al túnel prometido. Empezamos a recorrer el antiquísimo túnel, donde no podía ver nada. La oscuridad era absoluta y, con las prisas, no pude tomar la bolsa ni el celular, con el que podría haber alumbrado. Al parecer la güera vio cómo batallaba con la oscuridad y comenzó a brillar.

Primero me sorprendí y enseguida le agradecí, sinceramente lo hice, en ese momento ya la veía como compañera en esta situación.

Caminamos por unos minutos recorriendo el túnel aluzadas por Soledad, con lo que alcancé a observar la piedra con la que estaba construido. Un olor a encerrado de casi cien años invadía el lugar. Llegamos a una bifurcación, los dos túneles eran tan estrechos como el que habíamos recorrido.

Dos columnas cuadradas de piedra formaban la entrada a cada

túnel. En cada una de las cuatro columnas estaba dibujado el símbolo universal de los masones. En la pared superior de cada túnel se había escrito una sola palabra: en el de la derecha: «regla»; en el de la izquierda, «merced».

Comencé a hablar sola, por nerviosismo o miedo.

—Las catacumbas de París —recordé—, estos no son túneles, ¡son catacumbas! Dos caminos, dos palabras.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Saldremos por el parque Urueta, de ahí, saldremos y volveremos a entrar a otra cripta para ir directamente a donde están mis... digamos, compañeras.

—Demonios, bueno, ¿de dónde venimos? Mausoleo de Villa... Villa, ¡Revolución!, parque Revolución ¡antes panteón de Nuestra Señora de la Regla! Debemos ir por la izquierda, al panteón de la Merced ahora parque Urueta.

Recorrí aterrada el túnel maloliente, aterrada, pero con la valentía suficiente para vencer cien fantasmas y mil zombis y, extrañamente, por tener a Soledad junto a mí, sentía el *team power*, como dice Gris.

—No temas, Bere, antes de tocarte un pelo, tendrán que matarme.

Este pasaje subterráneo es húmedo como la más profunda mina y oscuro como será tu tumba y la mía. Recordé las leyendas que conocía. El parque Urueta fue el antiguo panteón de Nuestra Señora de la Merced y el parque Revolución fue el panteón de Nuestra Señora de la Regla en tiempos antiquísimos, Anna no para de hablar de estas cosas, si no yo no sabría nada de antiguos panteones.

—No temas, Bere, cuando mis amigas y yo nos unimos somos invencibles.

—Te juzgué mal, Sol, tenemos mucho en común.

Decían las leyendas que deseaban convertir ambos panteones en parques, pero por razones económicas solo habían retirado las lápidas. Los cadáveres supuestamente se habían quedado en su lugar, y resultaba que yo caminaba debajo de tumbas. No maldeciré, no aquí. Entré en el interior de un mausoleo y descendí al purgatorio. Además, las historias de fantasmas de las casas circundantes al parque Revolución eran legendarias.

—Catacumba —decía mientras un sudor frío invadía mi piel.

La deportiva, la céntrica ciudad deportiva, donde corría mi amor cada tercer día, también había sido panteón, recordé.

—Un cementerio sin lápidas o cuerpos sin cementerio —pensé en voz alta.

El túnel que recorría, formado por bloques de piedra, tenía el techo curvo. Manos huesudas y dedos engarrotados parecían salir de entre bloque y bloque. Con terror, pero con una curiosidad que vencía cualquier miedo, tocaba para comprobar cada vez que parecía ver un cráneo o una mano esquelética, siempre resultaban raíces secas, muertas.

—Así es este lugar: vacío, muerto —pensaba.

Caminaba viendo el piso de piedra para no tropezar, de repente noté una fotografía en uno de los bloques, estaba manchada de tierra y maltratada, llamaba la atención. Levanté la imagen, la sacudí para quitarle un poco el polvo y quedé pasmada de lo que vi. Con el corazón a punto de un paro cardíaco, llevé una mano a la boca, sentí la sangre ir a los talones.

—Así es, eres tú —escuché una pequeña voz enfrente de mí.

Un pequeño niño, lleno de tierra y maltratado como la foto, miraba la fotografía con ojos blancos. Sentí un profundo mareo por el susto.

—Alguien enterró la fotografía en este panteón, a un lado de mi tumba.

Me quedé helada, deseaba decir algo, quería regresarme. Solo pude escuchar y observar esa piel pálida, sin vida como sus terribles ojos. Voltee a ver a Soledad, quien según yo estaba detrás de mí y no había nadie. Siempre miro directamente a los ojos de cualquier persona, en cualquier circunstancia; esta vez no lo lograba, el hábito hacía su parte, sin embargo, esos ojos vacíos...

—Deseaban hacerte daño. No te preocupes, entierran las fotografías en las tumbas suponiendo que nos levantaremos a hacer daño a la persona en la imagen: una tontería, supersticiones, nunca abandonamos el cementerio y, si lo hiciéramos, ¿cómo encontraríamos a la persona? Y lo más importante, ¿por qué demonios lo haríamos?

—No es bueno maldecir, niño.

—Esa es otra ridícula superstición. Los muertos no le tememos a los demonios, ya hemos perdido todo.

El niño caminó lentamente, se acercaba un poco a cada paso, mirándome a los ojos todo el tiempo; en segundos estaba enfrente de mí, no se detuvo y atravesó mi cuerpo, me sentí desfallecer, morí por la fracción de segundo que estuvo en mí. Siguió caminando hasta perderlo de vista en la oscuridad, se desvaneció igual que como apareció. Continué caminando, sabiendo que jamás vería al mundo de la misma manera. Deseaba gritarle a la güera a ver dónde se había metido, mas no quería llamar la atención de algo más.

Por fin llegué al final del túnel. El aire cálido y húmedo que había sentido todo el trayecto se convirtió en húmedo y gélido. Ya no olía a encierro, sino a sepulcro. Había una escalera al final del túnel, la salida al exterior, el final del terror que sentía. Mi alma se estremeció, estaba a punto de subir y adentrarme en una tumba. Un ciempiés caminando por mi brazo logró apresurar la decisión y subí por la vieja escalera de madera.

Una lápida obstruía el camino.

—Esta lápida debería estar por fuera. Esta tumba está invertida.

Un nombre y una fecha estaban grabadas en la piedra, sin embargo, no lograba leerlo por la penumbra. Un símbolo desconocido, al final de la lápida, apuntaba a una palanca. Al jalarla, la pesada piedra se movió. Un esqueleto completo cayó en partes sobre mí. Al principio, la alergia al polvo me invadió, seguida por el asco al sentir el esqueleto sobre mi cuerpo y, al final, yo que decía no conocer el miedo, logré conocer el terror al saber lo que debía hacer a continuación.

En la tumba ya no estaba el esqueleto, había espacio, la lápida se había movido medio metro, así que trepé, entré y terminé dentro de un sepulcro. Permanecí en posición horizontal, como cualquier cadáver, mientras el mecanismo automático volvía a su lugar y se cerraba la parte por la que había entrado. Por un momento quedé encerrada, sepultada. Comencé a inspeccionar el reducido lugar con las manos. Mis movimientos eran tan limitados como serían los de cualquier persona que enterraran por error y despertara dentro de un ataúd.

Cuando estaba a punto de gritar de la desesperación y el terror, sentí el tacto de un bloque de piedra, lo empujé, lo que abrió la parte superior de la tumba. Pude acceder a un enorme y aluzado cementerio. Poco a poco salí del hueco y me puse de pie, sacudiéndome polvo, telarañas y huesos.

—¿Quién puede salir de una tumba en la mitad de la noche? ¿Un muerto? ¿Una bruja? Mi querida niña, ansío escuchar tu explicación.

Reconocí al extraño, era el tipo canoso que fue a la empresa y estaba a punto de darle explicaciones cuando volvió a hablar:

—En el juicio, niña tonta, en el juicio de Dios. En la ordalía.

Atrás de este ser podía ver a Soledad, lanzaba fuego por sus manos a las sombras que poco a poco se acercaban a ella. Sentí en ese momento una gran preocupación por ella; era una bruja, no estaba equivocada, aun así, era una buena mujer, en este pequeño trayecto lo había descubierto. Sentí temor por ella, pues podía ver que no tenía escapatoria. Enseguida entendí que tampoco yo.

NÚMERO 9

Nuestras vidas son cortas, es por eso que debemos encontrarles sentido. Ella le da sentido a mi existir, le da dirección, ¡me siento bien! Una vez con el libro de brujas en la mano, decidí ir de una buena vez y esperar ahí pacientemente el anochecer. Recordaba el lugar exacto donde había encontrado el trébol, ¡cómo olvidarlo!

Hice un recorrido de veinte minutos de la casa a la deportiva. Durante el trayecto sentí un tibio escalofrío al notar a todos y cada uno de los extraños que me observaban otra vez, ubicados en diferentes lugares, pero con la misma actitud. Realmente no era importante, el objetivo era encontrarlas.

Llegué a la entrada de la deportiva, la cual es un gran estacionamiento; lucía vacío. Estacioné el carro mientras el último rayo de sol desaparecía por el horizonte. Hice una pausa y, dirigiéndome a nadie o nada en particular, dije:

—Cambio cualquier tipo de felicidad destinada para mí, cambio todos los tesoros materiales o espirituales destinados a ser míos por volver a ver una vez más su mirada.

Descendí lentamente del automóvil. Tal vez era por la hora, pero la deportiva estaba inusualmente vacía, oscura y un viento helado llegaba sutil, intermitente. Nunca atravieso por los caminos de cemento, siempre recorro este inmenso parque por la arboleda. Caminé unos metros y encontré a una señora de mediana edad, leía

cómodamente un libro sentada en el pasto, varias velas la rodeaban e iluminaban su lectura, lo cual era muy inusual, raro, mejor dicho. De repente, cuando pasé junto a ella levantó la mirada y habló:

—¿Por qué tendrá tantos nombres el diablo? Aquí dice que se llama Belcebú, Satán, Satanás, Mefistófeles, Luzbel, pero bueno, el mejor es Lucifer, que significa «portador de luz». El ángel más hermoso y noble del cielo. Ahora debe ser invisible y omnipresente; ser invisible es sinónimo de divinidad. Por siglos han traducido su nombre erróneamente como «el príncipe de la oscuridad», las sombras no vienen de la oscuridad, vienen de la luz, debería ser llamado «el príncipe de la luz». Debo confesar que adoraba que dijeran que tenía una belleza endemoniada, claro, cuando era joven —concluyó la señora con una mirada fría, frunciendo un poco el ceño y sonriendo.

Sonreí cortésmente y seguí caminando. Reconocía a la mujer como uno de los extraños de miradas insistentes, debo haber topado con ella al menos un par de veces. Volví a sentir que la noche se burlaba de mí. Caminé un par de metros y percibí una sombra, una silueta humana más adelante. Lucía como un oscuro fantasma, sin embargo, al acercarme distinguí a una extraña jovencita vestida de negro y maquillada con tonos oscuros, escuchaba con audífonos negros *heavy metal* retumbante. Sus ojos permanecían cerrados y realizaba un leve movimiento de la cabeza al ritmo de la melodía.

La joven, bella incluso con tanto maquillaje, estaba recargada en un árbol, un frondoso y alto pino y, sin mover los auriculares de sus oídos o bajar el volumen de la música, mencionó con voz queda cuando pasé junto a ella:

—La loca esa te habló de los nombres del diablo, ¿verdad? ¡Vieja loca! Ninguno de esos es el nombre del diablo, son nombres humanos, no conocemos su verdadero nombre. No hablamos la lengua

de los ángeles, no hemos escuchado el nombre de Dios, es impronunciabile para un humano. Además, una belleza endemoniada solo una bruja la posee —concluyó y volvió a cerrar los ojos. Sacó una cajetilla de cigarros de su chamarra de cuero negro y me ofreció uno. Agradecí con gesto de negación, lo encendió haciendo casita con la mano, como se dice, solo que jamás vi que tomara un encendedor o fósforo. También reconocía a la joven, su mirada vigilante...

Continué caminando mientras oscurecía más y más. El poco alumbrado y lo denso de la arboleda dificultaba el paso. He asistido a fiestas sin que nadie ose dirigirme la palabra y ahora resulta que los extraños no solo perciben mi presencia, sino que buscan conversar.

Caminé impasible mirando hacia atrás. Al voltear para adelante fui sorprendido al ver una pequeña niña, moviéndose de un lado a otro; buscaba algo en el suelo con gran empeño.

Al pasar junto a ella, no pude dejar de preguntarle:

—¿Qué es lo que buscas?

Escuché una suave voz:

—¿Sabes que este lugar fue panteón? —preguntaba sin mirarme, continuaba buscando.

—Sí, lo sé —contesté.

—Pues busco una tumba.

La niña, de aproximadamente ocho años, vestida de falda de mezclilla y blusa holgada color amarillo, con un gran suspiro desistió de la búsqueda y se arrodilló dándome la espalda. Tenía en su mano una vara, empezó a dibujar en la tierra una lápida, la cual resultaba una obra perfecta y fiel a la realidad.

—Panteón, cementerio o camposanto, no importa cómo se le llame a este lugar, igual la tierra sobre la que estoy dibujando es... era sagrada —terminó la niña su dibujo y, sin levantar la mirada, comenzó uno nuevo enseguida—. La tierra de un cementerio es

sagrada, santa, por lo menos mientras haya lápidas, cruces, respeto, solemnidad. Cuando es un cementerio sin lápidas, cuando se pisotea y se juega arriba de él... —terminó de hablar y de dibujar, mientras dirigía su mirada lentamente hacia mí, sonriéndome.

—Busco la tumba de una niña.

Los ojos de la niña eran casi blancos, sentí un escalofrío recorrerme. En la tierra había dibujado mi silueta saliendo de la tierra y una lápida con el número 9. Decidí no ver ni escuchar más, había perdido mucho tiempo escuchando a estos tétricos personajes. Continué corriendo.

—Un viento oscuro sopla en este lugar, nos despierta —concluyó la niña, mientras me observaba alejarme con esos horribles ojos.

Miré el reloj y eran las doce de la noche. ¡No podía ser! Al llegar a este lugar caía el último rayo de sol. Deberían ser las siete y media de la tarde, solo caminé unos diez minutos. Una ligera llovizna comenzó a caer, el olor que produce la lluvia al caer sobre la tierra seca invadió el lugar.

No había duda de la hora, la calma que llega justo después de la media noche invadía todo el sitio. Al mirar la luna, vi que estaba llena, pero cruzaba el firmamento con inusual rapidez, las gotas de lluvia también descendían inusualmente rápido. Miré el reloj y el minutero se movía como segundero. De repente se detuvo completamente. Volví a mirar la luna y también se había detenido, las gotas de lluvia desaceleraban su caída hasta quedar suspendidas en el aire. Hice a un lado las que flotaban frente a mí y continúe caminando.

—Lluvia y tiempo, Lluvia y Luna —murmuré.

Por fin llegué al sitio exacto donde encontré el trébol, el pedazo de tierra semiárida estaba ahora repleto de tréboles de tres hojas. Una hermosa mujer pelirroja de ojos azules, idénticos a los de Sol y a los de sus otras dos amigas, reposaba tranquilamente recostada so-

bre el tapete de tréboles; la luz de la luna le daba un toque maligno a su belleza y a la vez la realzaba, un relámpago iluminó su rostro: era aún más bella que Sol.

—¿Son hermanas? —le pregunté titubeante—. Tienen los mismos ojos.

—En cierta manera, somos una triada. Nos llaman la triada lunar, mi nombre es Gabriela —contestó con una leve sonrisa.

Era una mujer muy hermosa, inspiraba una paz profunda. Pensé e imaginé que su seguridad y actitud relajada la convertían en lo más cercano a un ángel. Su voz era impresionante, perfecta, un arrullo.

—¿Un ángel? ¡No lo creo! Los ángeles son hombres, ¿no sabes nada! —dijo.

Hablaba con la mirada puesta en el cielo azul nocturno y hacía una mueca indescriptible, enseguida soltó una larga y sarcástica carcajada. Gabriela se incorporó y comenzó a caminar muy despacio y de manera sensual hacia mí.

—¿Escuchas mis pensamientos?

Duré un segundo sorprendido y otro segundo quedé atónito por su belleza y caminar.

—Así es. Definitivamente un ángel no, sin embargo, las brujas también somos inextinguibles como la estrellas, somos infinitas —culminó.

—¿Dónde...? —iba a preguntar por Sol, pero no permitió que acabara la frase.

—Entrégame el libro, el *A tryal of witches at the Assizes*. —Por un segundo cerró los ojos.

Lo entregué sin dudar. Abrió los ojos, los cuales ahora eran más claros, y tomó el libro.

—En tus pensamientos puede parecer que amas a dos, sin embargo, en tus sueños más profundos todo es más claro y solamente

hay una... persona. Sin embargo, en este momento piensas solo en lo bella que soy, más que ambas juntas, ¿verdad?

—¿Dónde están?

—Juntas... ¡Acércate! —terminó con una nueva sonrisa des preocupada, como las anteriores, pero esta sonrisa y su mirada penetrante fueron como una orden celestial. Ahora la tenía justo enfrente de mí, podía oler su aliento, un suave aroma a plantas bañadas por la llovizna de una tarde nublada de verano. Movía la cabeza, jugando conmigo, haciéndome creer que me besaría, una y otra vez.

Deseaba besarla, sus ojos obligaban a verla, utilicé toda mi fuerza de voluntad y giré para dirigirme a casa. Su alegría era contagiosa, hipnótica, sensual, atrapaba. Deseaba quedarme con ella, pero el recuerdo de Bere era aún más fuerte, apresuré el paso.

Unos metros adelante, me topé con Gabriela de nuevo, su cara estaba a milímetros de la mía, era imposible, debía haber volado.

—Escucho tus pensamientos, ¡tonto!, tu deseo de besarme ahora es más fuerte que encontrar a tu amada.

Una vez diciendo esto sus labios se precipitaron hacia los míos, dándome un beso frío, congelante. Sentí cómo el calor abandonaba mi cuerpo, extrañamente lo estaba disfrutando mucho.

De repente el recuerdo de los besos de Sol, el calor intenso que sentía al besarla logró que despertara, aun así, no podía dejar de besarla. Sentía la vida escapar de mi cuerpo, solo podía liberarme de ahí usando mi poder. De repente dejó de besarme y se alejó unos centímetros.

—¡En más de quinientos años, una bruja no había tenido acceso a este libro!

Gabriela leía el libro rápidamente, cambiaba de página, se regresaba, todo de manera casi robótica, como una máquina.

—¡Escucha con atención lo que te voy a decir! —indicó—. Vas a ser parte de un juicio donde se acusa a una mujer de un crimen que no cometió, donde es imposible que pruebe su inocencia; si insiste en ser inocente, será encontrada culpable y ejecutada. Por el contrario, si confiesa, se disculpa e implica a terceros, saldrá libre. Se trata de dar una falsa acusación o morir. Todo está claro en este libro. Vete y haz que se declaren culpables y se disculpen. Cada uno de los extraños que te han seguido estarán aquí en segundos —concluyó.

—Pero...

—¡Desaparece y ve por ellas! Ayudaremos en su momento. Vuélvete invisible y vete, ya vienen por ti —dijo.

Acabando de decir esto se elevó por los aires, la seguí con la mirada y al bajarla... vi sombras. Proférían una gran amenaza.

—¡Desaparece! —escuché la voz de Gabriela en la cabeza.

Me despojé de mis ropas, reuní toda la energía y desaparecí.

NIÑA EN LA VENTANA

—Antes de la luz solo había oscuridad, es en esta oscuridad que iniciamos el Juicio de Dios a ¡la niña de la ventana!

—Me llamo Soledad —interrumpí con gran seguridad.

—¡Bien dicho, niña! Desafortunadamente solo en el mundo humano es importante cómo te llamas, para el resto del universo lo importante es quién o qué eres. Y eres la niña de la ventana y posiblemente una bruja.

—Soy...

—Niña, tu belleza rivaliza con la de un ángel, casi es insoportable, terrible. No veo alas, así que lo que estoy viendo es una pequeña bruja, no un ángel. Tus ojos azules te delatan como bruja. No obstante, nosotros no decidimos, solo sospechamos; la justicia divina, la ordalía nos lo aclarará.

—¿Ordalía? —pregunté.

—El juicio de Dios, niña. Por haber caminado por lugares prohibidos para ti, haremos la prueba del fuego. Andarás descalza nueve pasos sobre carbón al rojo vivo, mientras transportas un hierro al rojo vivo en las manos rociadas de gasolina. Si permaneces indemne tu inocencia estará probada.

—No hay necesidad —hablé con dulce voz, casi un tibio rumor.

No tenía miedo, sonreía. Estaba tranquila, el mismo Sánatos había dicho las palabras claves que me habían hecho madurar. Esas palabras fueron un regalo, identidad, no soltaría jamás ese sentido de identidad, nunca sentiría amenaza alguna:

—No importa cómo te llamas, importa quién eres —repetí en voz queda.

De alguna manera retorcida e irónica podía salir inocente de la prueba, no obstante...

—Pues resulta que sí soy una bruja, ¡soy culpable!

Encendí todo mi ser: mis ojos se iluminaron, enseguida mi cuerpo se llenó de luz y luego de llamas y, por último, ardí como un sol quemando todo lo que estaba alrededor. El fuego se extendió por todo el cementerio, iluminando la noche como si fuera día. Había usado este poder desde los seis años, encendía un dedo, luego la mano. Hoy cumplo catorce años y puedo incendiar una cuadra entera, soy una bruja, soy Sol, soy un sol. Las llamas se extendían devorando todo, las observé un segundo, impresionada de su poder. Era hermoso, era un sol, contemplé un segundo y di media vuelta. ¡Debía dejar este aburrido pueblo! Estaba descubierto el secreto, ¡soy una bruja! Tenía el corazón orgulloso. Me despedí de ellos, agradecí mentalmente a Sánatos su regalo.

—¡Soy una bruja! —grité orgullosa.

Cerré el ciclo y avancé, dando saltos de felicidad, rumbo a la salida del cementerio, ellos eran simples humanos, inferiores.

—Mi niña, has confesado ser una bruja, ahora arrepíentete, dínos quién más ha practicado brujería y quedarás perdonada y libre de toda culpa.

Detuve el paso cuando escuché las palabras de Sánatos. Lentamente volví la mirada al lugar exacto donde lo dejé calcinándose. Sánatos no había sido sucumbido por las llamas, estaba rodeado de ellas, tenía cara de emoción, como si también estuviera aburrido y acabara de encontrar la esperanza de algo interesante. Lucía diferente: joven, bello, eterno, no podía verlo por más de un segundo. Dolía verlo, no en el cuerpo, en el alma, en el corazón, su belleza sí era insoportable y terrorífica.

—El juicio de Dios es inapelable, declara tu arrepentimiento y serás libre.

Atrás de Sánatos logré ver a sus seguidores envueltos en llamas, sanos y salvos.

Ya no sentía amenaza de parte de ellos, al contrario, percibía aceptación, una bienvenida, esperaban gozosos mi arrepentimiento. Corrí, hui impulsada por el desconcierto, primero del cementerio, después hasta salir de la ciudad, estaba muy confundida. El juez espiritual es un... Bueno, no es humano, solo espero nunca volver a este pueblucho.

—Soy una bruja... las niñas anteriores no lo eran... No parecían tener interés en matarme, no entiendo, igual no importa, jamás volveré a este lugar.

NÚMERO 9

Aprendí a controlar este poder a muy temprana edad, puedo volver mi cuerpo invisible a placer, aunque jamás lo utilizo a menos que sea emergencia. Entre menos utilice esta habilidad, más normal soy y definitivamente deseo ser normal. No deseo ser invisible, deseo brillar.

Pocas veces he utilizado esta habilidad en la vida. Volverse invisible no es una experiencia agradable, primero debo desnudarme para que nadie se asuste por unos pantalones flotando. Después logro concentrar toda la energía de mi cuerpo y enseguida, en el segundo que desaparezco, siento que la sangre circula por las venas a gran velocidad. Percibo el movimiento de cada vello al erizarse, un vértigo horrible invade el cerebro, un extraño zumbido taladra los oídos, todo se detiene, se vuelve lento, casi estático, sombras aparecen, tantas como personas muertas deben caminar por este mundo.

Al volverme invisible todo se convierte en una combinación de experiencias entre alucinar por una droga y viajar a un país extraño y desconocido, donde lo invisible se vuelve visible. La gravedad se vuelve débil, la luz del sol desaparece. Invisible percibo cómo todos los seres vivos, incluyendo plantas, árboles y animales, expiden una luz fosforescente; por el contrario, sombras llenas de un gran vacío caminan y vientos oscuros recorren erráticos todos los lugares. En el momento en que los vientos oscuros empiezan a rodearme o las sombras comienzan a seguirme, elevo mi energía al máximo, un calor intenso recorre mi cuerpo y regreso a la visibilidad.

Aparezco desnudo y con una gran resaca, dolor de cabeza, huesos y músculos, como en este momento. Siempre logro avanzar kilómetros en la realidad, mientras en el mundo de sombras son pocos pasos. Creo que estoy en los suburbios. Debo buscar ropa, primeramente, algún tendedero descuidado o por lo menos periódicos tirados para taparme por lo pronto.

—¡Ellas están en este momento en el cementerio de las brujas! Intentamos advertir a Sol. Pondré en tu mente las indicaciones para llegar, conocerás el camino como si lo hubieras recorrido toda tu vida —escuché la voz de Gabriela en la mente.

—Te están esperando, ten cuidado —esta vez carcajeó.

La carcajada la escuché no en la mente, si no arriba. Volteé. Gabriela, Luna y Lluvia flotaban y me veían: Gabriela divertida, Lluvia con ceño fruncido y Luna, fastidiada de perder el tiempo; morí de vergüenza. Se elevaron por los aires y desaparecieron.

Escuché por última vez a Gabriela en mi mente:

—Puedo entrar a tus pensamientos, soñando o despierto siempre estaré ahí.

No me asustan la brujas. Al llegar a Chihuahua, un espectro llegó conmigo y no dejó de visitarme y cuidarme hasta cumplir 18 años. No sé... es extraño, sin embargo, echo de menos, muchísimo, al fantasma de la abuela.

Gabriela, antes de alejarse volando, había colocado en mi mente el lugar exacto donde estaba Sol y Bere; lo conocía muy bien, era un lugar al cual jamás pensé regresar. Tardaría horas en llegar en el mundo de los vivos, a través del mundo de los muertos llegué en minutos.

Había aparecido frente a un señalamiento que decía «Naica», con una flecha indicando seguir derecho y «Sta. Gertrudis» con otra flecha indicando dar vuelta a la derecha. Empecé a caminar derecho campo traviesa. De repente estaba en un pequeño panteón, de mascotas tal vez; no... de niños.

Una niebla grisácea cubría el lugar, jamás había visto al viento, solo lo había sentido, ahora veía un extraño viento soplar. Escuché pequeños brincos, como niños jugando, y una voz infantil detrás de mí se acercaba rápidamente entonando una canción:

*Duérmase, pequeño, duérmase ya,
porque viene el coco y te comerá,
duérmete, mi niño, duérmete, mi amor,
duérmete, pedazo de mi corazón.
Piensa que este infierno se terminará
y cuando amanezca nada será igual.
Sueña que no has muerto,
sueña que es real.
Duérmete, pequeño,
duérmete ya.*

Al voltear vi a una niña cantándole a su muñeca... No sé cómo describirla, cargaba su muñeca y ropa en sus manos:

—Toma, he traído algo de ropa. Las brujas dijeron que necesitarías.

Una sonrisa se dibujó en la boca de la pequeña, más terrorífica de lo que recordaba. Tomé las ropas y, mientras me vestía, la niña brincoteaba de un lado a otro.

—¿Acabaste de vestirte? Acompáñame, quiero mostrarte algo.

El cielo se nublaba cada vez más, la niña se adelantó y, sin entender por qué, la seguí de cerca. De repente detuvo la marcha, esperó a que estuviera a su lado, me ofreció su mano como una niña normal, pero al intentar sostenerla era solo niebla. Seguimos caminando. Comencé a olerme, pues llegaba un aroma maloliente.

—Es la ropa, solo hay una forma de encontrar ropaje en un panteón.

Caminamos medio minuto más.

—Hemos llegado.

Estábamos parados en una zona llena de pasto. La niña se colocó en cuclillas mirando el pasto.

—Toda esta área estaba llena de lápidas, placas, angelitos y tumbas de niñas, este lugarcito era dedicado en el siglo XIX a infantes, niñas olvidadas, huérfanas sin hogar o supuestas brujas enjuiciadas, declaradas y ya nunca reclamadas.

La niña se arrodilló y posó sus manos sobre el césped.

—Aquí estaba mi lápida, tenía un número. Jamás conoceré mi nombre, la vida fue cruel conmigo, solo conocí hambre, pobreza, violencia, enfermedad. Imagino que miles de niños sufren lo mismo en el siglo que viví, en este y en el siguiente. La vida fue cruel, pero rápida. La muerte por otro lado no veo que tenga fin.

El viento extraño se tornó gélido, la niebla se volvió espesa y gris y poco a poco comenzó a tomar la forma de lápidas y monumentos. Enseguida de cada tumba, una niña de ojos blancos permanecía de pie. Negros nubarrones cubrían por completo el cielo.

—Este cuerpo que ves es una sombra de lo que fui, esta voz que escuchas es un eco. El día que se llevaron las tumbas y dejaron nuestros restos nos despertaron a todos.

—La abuela siempre decía algo parecido.

—Tú eres un número 9. Un nueve es para niños sin padres, dos nueves es para niños sin padres ni hogar y tres nueves son niños sin padres, ni hogar y muertos.

La pequeña había perdido todo rasgo infantil, hablaba y se comportaba con la madurez de un demonio que vio nacer el universo.

—Te esperan, intentaremos ayudarte.

—Gracias, creo.

—Recuerda: te diriges a tu sueño. Soñamos lo que pasará por una razón.

Caminé hacia el poblado.

Ningún coche o caballo venía o iba, estaba solo. Llegué a un gran arco de color amarillo con la leyenda «Bienvenidos a Naica», lo crucé y seguí avanzando, más carretera, matorrales y tierra. Pasé

otro «Bienvenidos a Naica», ahora en algún tipo de rueda, algo antiguo usado en algún pozo o en una mina. Por fin empecé a ver casas y ahora distinguí un señalamiento oficial:

«Reporte cualquier sospecha de brujería».

Seguí avanzando por la carretera, sin embargo, ahora sí estaba definitivamente en la ciudad, pasé casas y más casas, aun ningún vehículo, ni un peatón o perro callejero, nada. «El desierto abarrotado» leí en la primera tiendita y enseguida un papel pegado en un poste:

«Reporte cualquier sospecha de brujería».

Empecé a caminar a paso veloz.

Vi pasar a dos personas y luego otras dos, parecía haber vida después de todo.

El clima estaba raro, la luz del sol iluminaba débilmente, el sol se estaba poniendo por un atardecer adelantado, un nublado muy extraño creaba una tonalidad entre rojiza y amarillenta, el resplandor era demasiado fuerte. Es como si no hubiera pasado ni un minuto en la deportiva, no me extrañaba después de conocer a Luna.

Seguí caminando hasta llegar a una glorieta-plazuela con un minero de metal al centro.

Pocos pueblerinos caminando por la calle, todos con semblantes extraños, raros, aunque relajados, ocupados en sus asuntos. Al parecer en este lugar anochece más temprano, por los cerros. Todas las casas estaban aluzadas, se escuchaba movimiento, televisiones, música.

«¡Reporta lo raro! Denuncia a las brujas».

Leía el cartel cuando salté al oír las estridentes campanadas de la iglesia; una fuera de mi vista. El sonido se escuchaba bastante fuerte, sonaba entre electrónico y metálico.

Los escasos lugareños, al oír las campanadas, detuvieron de golpe toda actividad, si tenían algún objeto en la mano lo soltaban,

sin aspavientos, sin alarma, sin titubeos, como si se les reseteara el cerebro. Algunos niños jugaban alegremente y al momento de escuchar las campanadas se detuvieron, dejando juguetes atrás, se levantaron y caminaron lentamente a sus casas. No lograba entender la expresión en su rostro, o más bien dicho, su inexpressión, mientras los pueblerinos con gran sincronía se resguardaban en sus casas. En segundos las calles estaban completamente vacías, y en minutos todas las viviendas estaban a oscuras y en silencio. El viento, el sol, el calor, todo parecía huir.

Una mujer me miraba desde la acera de enfrente, una mujer sucia, vestida con trapos...

—Solo las sombras y los tontos salen de noche —comentó.

—¿Quién es usted?

—Me llaman la dama harapienta.

Recorrí la cuadra, sin prestarle más atención a la tal dama, carteles de un tal Sánatos continuaban apareciendo:

«Sánatos es ley, verdad y salvación».

Al llegar al final de la cuadra volví a encontrar a la dama harapienta. Era imposible, la había dejado detrás y en la acera de enfrente, ahora estaba delante de mí. La noche era oscura, mas la luna parecía favorecerla, la iluminaba. La dama se mecía rítmicamente de un lado a otro, tarareaba una canción:

*Nana, nanana nana,
sacude tus huesos
sobre las piedras
mientras el lobo no está
¿lobo, estás?*

La dama se detuvo, con gran solemnidad levantó el brazo, apuntando con el dedo índice el camino que debía seguir.

—Las brujas anunciaron tu llegada.

Llegué al final del pueblo siguiendo las indicaciones de la mujer, estaba ante lo que parecía una tétrica iglesia, sin ningún tipo de decoración sacra.

Al rodear la edificación en cuestión, terminé frente a un lúgubre y antiguo cementerio abandonado que resultaba bastante extraño. Una ligera niebla gris cubría el lugar.

Un relámpago surcaba las nubes cuando detuve la marcha al pie de una gran reja, la noche estaba aluzada, a pesar de que pasaba de las diez y el cielo nocturno estaba muy nublado.

Había suficiente luz para poder moverse, sin embargo, no sabía de dónde provenía.

—No es niebla, es ceniza —pensé.

El cementerio estaba cubierto por ceniza flotante. Caminé atravesándolo. Era el típico panteón de pueblo, sin lápidas ostentosas, sin estatuas o criptas, solo pequeñas cruces, pequeñas piedras, montículos de piedra o tierra.

Llegué al centro del panteón: así que esto era el famoso Tribunal de las Sombras.

¿Cómo termina una pesadilla?

Esta pesadilla terminó como todas, sin un final ni un principio.

El centro del cementerio de las brujas incendiándose. Cruces, ofrendas, todo era arrasado por el fuego, era el final de un pequeño incendio. Un viento suave y una tenue lluvia apagaban las llamas, el olor a tierra mojada y fuego daba una idea de cómo olería el infierno si existiese y lloviznara en él. Al ceder el fuego solo permanecían dos cruces al final de dos montículos. Unas fogatas en forma de tres nueves ardían en el centro. Decenas de personas rodeaban la escena, inmóviles, la penumbra no permitía ver sus rostros, ¡tantas personas y tanto silencio! Caminé atravesando el grupo de gente hasta llegar a los nueves en llamas, donde tres hombres vestidos en túnicas esperaban.

—Antes de la luz solo había oscuridad, es en esta oscuridad que iniciamos el Juicio de Dios —empezó a hablar un hombre canoso.

Era el sujeto que visitó la empresa, tardé en reconocerlo por la oscuridad y la túnica. Llegué hasta estar frente a frente con él.

—¡Has llegado!

La pequeña audiencia estalló en una muy discreta ovación, no creo que nadie haya levantado mucho la voz, sin embargo, sentí un pánico escénico, sentí vergüenza, algo ilógico en esta tétrica situación, aun así, la fuerza de la costumbre... Decidí concentrarme en el lugar: en contraste con la devastación, mandrágoras, tréboles y rosas rodeaba las dos tumbas. Niños y niñas fantasmas corrieron desapercibidos por detrás de la multitud, divertidos.

La escena recordaba un juzgado, un juicio en un cementerio. En el centro, detrás de las dos tumbas, una docena de pueblerinos en túnicas negras; en el lugar del fiscal acusador o del juez, el sujeto canoso; y en el centro de esta grotesca escena, dos montículos.

—Bienvenido, mi niño, te esperábamos. Toma el lugar de tu abuela en el Tribunal de las Sombras. Que comience la ordalía, la prueba de Dios, la prueba de la campanilla.

Otra forzada y discreta ovación.

—Querido y amado niño, podrás salvar a una de las dos. Escoge, salva a quien amas, una bruja no puede ser amada, dejarás morir a una bruja y salvarás a una humana. Es la prueba infalible de la campanilla —concluía con evidente orgullo y esa imborrable sonrisa.

Recuerdo muy bien este lugar, no era uno sin lápidas, más bien estaba abandonado, el pasto y hierba crecían tapando las pocas cruces sobrevivientes al abandono, las cuales ya habían sucumbido ante el fuego. Estábamos en el cementerio sin cruces. Recordaba haber venido con la abuela cuando era solo un niño.

Sobresalían los dos montículos de tierra al parecer recién formados. Al pie de cada montículo, una cruz metálica oxidada; ambas

lucían antiguas, carcomidas por el paso de cientos de años; del lado derecho de cada cruz colgaba una antigua y oxidada campanilla amarrada a un cordel que subía a una argolla, parte de la misma cruz, y bajaba hasta el montículo enterrándose en la tierra. Súbitamente ambos cordones empezaron a moverse, haciendo sonar las campanillas que se movían de derecha a izquierda, escuchándose un suave tintineo.

—Solo puedes salvar a una, mi adorada creatura —repitió siempre sonriendo.

En la cruz de la derecha una pequeña tablilla decía «Soledad» y en la de la izquierda se leía «Berenice». El pánico se apoderó de mí, fue en ese momento que entendí qué sucedía. Recordé mi pesadilla. El extraño público que ahora murmuraba no había estado en el sueño.

—No sobrevivirán mucho tiempo, querido niño, tienes el tiempo exacto para excavar lo suficiente como para salvar a una de ellas.

«¡Enterradas vivas!», pensé y un escalofrío recorrió mi ser. Corrí hacia las tumbas, no titubeé ni una milésima de segundo, corrí hacía... Detuve la marcha, sin importar a quién amara y a quién quisiera, deseaba que las dos vivieran, no solo una.

—¡Sálvenlas a las dos! —grité.

—Imposible, aquí hay una bruja y debe morir, creatura —aclaró Sánatos.

—Ambas son inocentes, el brujo soy yo.

Acabando de decir eso desaparecí y segundos después volví a aparecer. Las campanillas continuaban sonando.

—¿Vieron? Es un juicio, ¿no? ¡Soy culpable! Ahora, ¡sálvenlas!

Ya tienen a un culpable. Espero ser enterrado sin campanilla, odiaba ese sonido. El sonido de la campanilla significa miedo a morir.

Conforme la tierra caiga sobre mí, apaleada por estos locos, encontraré un lugarcito cómodo para descansar. Cerré los ojos y una sonrisa imborrable de paz y de confort iluminó mi cara al imaginar la escena. Olvidé a los locos en túnicas negras sin rostro, estaba en paz.

Al final, ves con gran claridad quién eres y por qué estás aquí. Morir es el único momento en la vida en el cual no te mientes, tu verdadero yo abre su corazón y su mente. Cuando estás agonizando no hay máscaras, miedos, traumas, apariencias y sobre todo no hay deseos: rico, guapo, talentoso, poderoso, popular, exitoso, nada importa al morir. Los deseos no funcionan, vivir funciona. Esperar que las cosas lleguen solas. Estaré enterrado, y siento una mezcla de miedo y fresco alivio. Miedo a morir y fresco alivio porque jamás podré decidirme por una de ellas, ¡imposible! No puedo estar con Bere, pues odio a la persona en la cual me convierto al estar con ella, ni con Sol, porque realmente no la amo como a Bere. Las dos son inmensamente importantes para mí, jamás podría sacrificar a una para que la otra viviera, ¡jamás!

En fin, estoy tranquilo, la vida es la pesadilla y la muerte es el despertar. En el caso de ellas y en el tuyo, cada noche tendrán la oportunidad de morir y despertar a la mañana siguiente a vivir. ¡Soy incapaz de escoger una en lugar de la otra! ¡Imposible!

—Mi niño, obviamente un hombre no puede ser bruja. Además, eres el inquisidor. Ambas morirán si no decides con rapidez.

Es imposible que decida por alguna de las dos, las amo casi igual. Las campanillas seguían sonando...

De pronto lo supe, cerré los ojos e imaginé que corría por la deportiva.

Las campanillas seguían sonando.

Sabía la solución. Imaginé el día nublado, trotaba con la vista en el camino de arcilla.

Una campanilla seguía sonando.

En eso lo vi, detuve la marcha al ver otro trébol de cuatro hojas, encontrar un trébol da la oportunidad de volver a comenzar: esta vez pediré una hermosa rubia de ojos azules, con el carácter explosivo de Bere.

Ambas campanillas dejaron de sonar.



www.pech.icm.gob.mx

2020

Este libro se terminó de imprimir en el año 2021
Consta de un tiraje de 500 ejemplares

Impreso y hecho en México en
Litográfica IMAP, S. A. de C. V.

Av. Octavio Paz No. 185
Complejo Industrial Chihuahua
Chihuahua, Chih.
Tel. (614) 481-01-55

www.imapcolor.com



PRIMERA EDICIÓN
AÑO 2020-2021

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Lugar entre sombras

OLIVER ALONSO
MALDONADO BEJARANO

En un lugar donde oscurece más temprano, en una pequeña ciudad en el estado de Chihuahua, donde rara vez un día es nublado y las sombras parecen vigilar y conversar; algo inquietante sucede durante las noches de luna nueva. Solo una chica de 13 años, aburrida por el encierro y la monotonía, está dispuesta a investigar el misterio, arriesgará su vida al intentar descubrir la verdad detrás de una serie de desapariciones de muchachas de trece años en extrañas circunstancias. Ella podría ser la siguiente...

Una historia oscura, sobrenatural, un viaje a la ciudad más intrigante del país. Este libro, es la almohada perfecta para tener las más escalofriantes pesadillas.

